
CARRUSEL
Berta Dávila

Una escritora que atraviesa un tiempo convulso a nivel personal, y también un bloqueo creativo, emprende un viaje de búsqueda por sus recuerdos familiares y, en especial, por aquellos que comparte con su tío Carlos, que padece la misma enfermedad mental que ella. Esta reconstrucción de su vida la ayudará a descifrarse a nivel íntimo y literario y a enfrentarse a su experiencia con la maternidad y con la pérdida de sus seres queridos.

Berta Dávila emerge como una de las voces más interesantes de la literatura gallega reciente. Con *Carrusel* obtuvo el XXXI Premio de Novela Manuel García Barros y el Premio de la Crítica de narrativa gallega 2019.



Berta Dávila

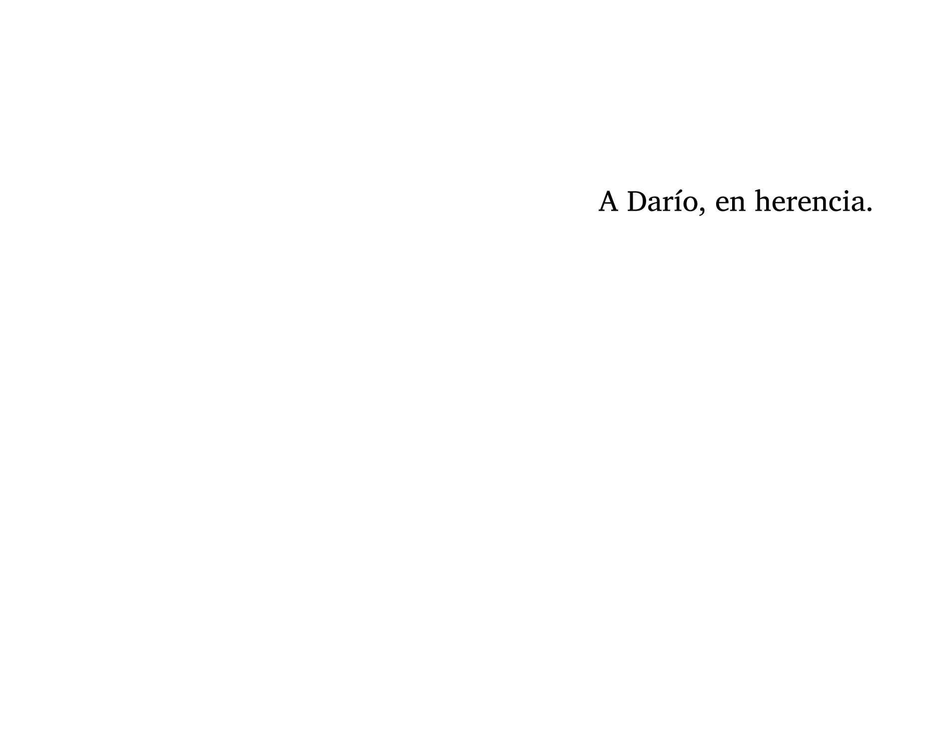
Carrusel

ePub r1.0
Titivillus 15.10.2024

Título original: *Carrusel*
Berta Dávila, 2021
Traducción: Berta Dávila
Ilustración de cubierta: Marina Fernández

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

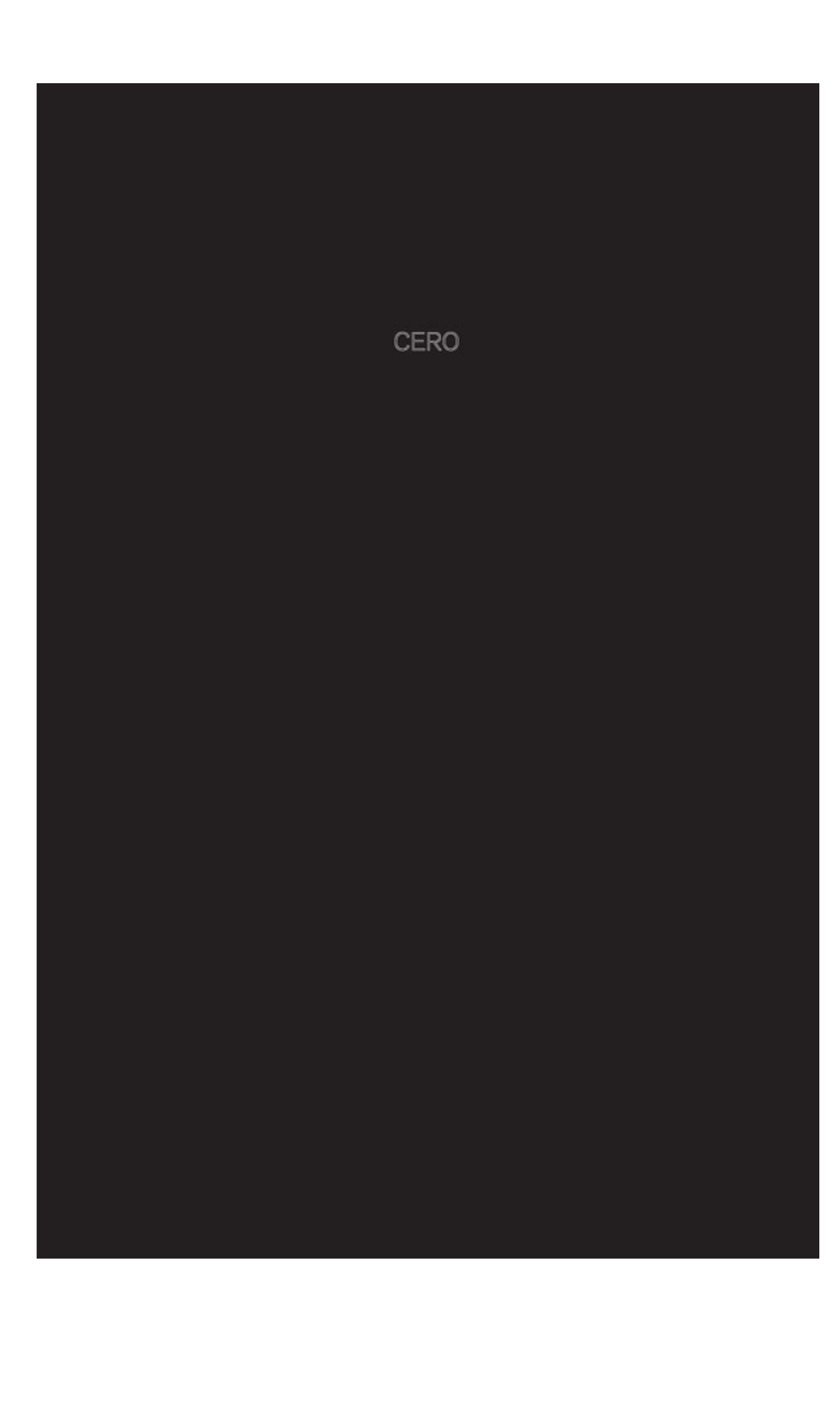




A Darío, en herencia.

And the seasons, they go round and round
And the painted ponies go up and down
We're
captive on the carousel of time
We can't
return, we can only look
Behind, from where we came
And go round and round and round, in the circle game

Joni Mitchell
The Circle Game


CERO

Durante muchos meses, me levanté temprano cada día para no escribir nada. Después tío Carlos murió y yo pensé que necesitaba buscar el principio de todo esto. Así que he vuelto a este cuarto de hotel. Esperaba encontrarlo igual a como lo había dejado aquella vez. No ha sido así, pero sí continúa aquí la misma colcha estampada con barcos azules, aunque doce años después ese azul aparezca desleído por el sol, sobre todo en la parte de la cama que se enfrenta con la ventana, donde Natalia dormía la semana que pasé con ella aquí en Faro. Acariciando con el dedo esos barcos azules, pequeños puntos desperdigados en la tela, puedo trazar constelaciones. Casi todas tienen la forma involuntaria que imagino debe tener esta nostalgia.

Tampoco he conseguido escribir de nuevo pero, a pesar de todo, he podido dormir hasta tarde por primera vez en mucho tiempo y cuando desperté tomé algunas decisiones importantes sobre la novela que me ocupa. Esa ha sido la cosecha de este viaje: después de desayunar regresaré a Lisboa, donde me quedaré unos días visitando librerías y cafés, y ultimando estas páginas, que se demoran demasiado.

Una escritora que no escribe nunca es una tierra estéril. Una escritora que no escribe se parece a la mujer que observa un campo de maíz seco, resignada a ver cómo todo se pudre después de las primeras lluvias de octubre. Aunque no haya nada que recoger, las dos saben que es necesario segar igualmente. En cualquier caso, conviene escoger: o segar eso que ocupa el lugar en el que algo diferente debería nacer o tratar de olvidar el territorio donde antes sembrábamos y abandonar para siempre la labor ingrata de depositar en él la palabra escrita. Siempre es posible quemar la tierra labrada y marcharse sin mirar atrás.

Nunca he metido las manos en otra tierra que no fuese el idioma, pero en ellas hay surcos que hablan del tiempo y de la humedad, surcos de familia, porque las arrugas prematuras de mis

manos son idénticas a las de mi madre y a las de mi abuela.

Cuando era adolescente, una mujer de sonrisa abierta y falda de estampado imposible me convenció para leerme el futuro en la palma de la mano derecha a cambio de una moneda. Me dijo que siempre sería desgraciada. Lo anunció sin condescendencia, como si fuese un destino igual a otros en dignidad y afán y resultase conveniente asumirlo como una vocación. No hice caso. Eso lo aprendí de mi tío Carlos: nunca hago caso de las advertencias importantes.

Algunos años después me enseñaron a hacer sombras chinas con las mismas manos que uso para escribir y para acordarme de las predicciones incómodas. Ahora observo la oscuridad con los ojos muy abiertos y con la voluntad de segar con ellas las sombras que nacen y terminan aquí.

La mayor parte de las historias son una suma de trazos de luz y de sombra. Una gota de pintura alejada de las demás no significa nada, hay que mirarlas todas de lejos para entender: ahí el nenúfar, ahí un jardín, ahí una tarde de domingo en la isla de la Grande Jatte. Pero hay otro tipo de historias más difíciles de contar, que empiezan y terminan en cada trazo del pincel. Esas historias hay que escribirlas con pulso de miniaturista y necesitan ser leídas con pupilas miopes, atendiendo a cada punto. En ese tipo de historias lo que más importa es el detalle, lo único que importa es el detalle, realmente.

Como en un álbum de sellos de colección, no es sencillo saber cómo ha llegado allí cada uno de los ejemplares ni cuántos son precisos para que signifiquen algo para los demás, pero todos han recorrido un camino de casualidades para conseguir el emplazamiento donde están, y podrían extraviarse fácilmente para comenzar un viaje nuevo. El coleccionista serio sabe cuáles especímenes debe dejar marchar y sabe cuál es la importancia exacta de cada uno, pero rara vez los entrega si no es para recibir algo a cambio. Ese es, a un tiempo, el mecanismo y el sentido del juego. Y es también así como toda colección se convierte en un animal cruel y cambiante, igual que una novela. Igual que esta novela.

Mi amiga Natalia coleccionaba infinidad de cosas de niña, pero de adulta limitó la costumbre solamente a objetos singulares.

Coleccionar es un talento. Tenía una caja en la que guardaba cosas extraviadas por sus dueños. Sobre todo pequeños objetos personales. Cuando alguien perdía un pendiente, le pedía si podía darle a ella el que quedaba, la pareja del pendiente perdido, inservible desde una perspectiva ortodoxa. Muchos años después de que ella la iniciara, escribí una pequeña serie de poemas sobre aquella colección, y sobre la idea de que alguien que te entrega un pendiente porque ha perdido el otro que completa la pareja es alguien que ha renunciado en algún punto a encontrar lo perdido.

Me parece que nada de lo que yo guardo puede llamarse colección. Me deshago con solvencia de los objetos, incluso de los que en algún tiempo fueron queridos, y siempre significan cosas para mí de manera individual, no en grupos. Mi tendencia es la selección y el descarte rápido: en un conjunto de objetos, habitualmente reparo en los que sobran. También con las palabras. Supongo que por eso no escribo novelas largas.

Tuve series de tebeos y de libros juveniles de niña que sufrieron una criba estricta en la última mudanza atendiendo a la calidad literaria y no al valor sentimental. No me apego fácilmente a nada. Estoy acostumbrada a perder lo que amo con frecuencia. La escritura es algo así, parecido a desprenderse, tal vez.

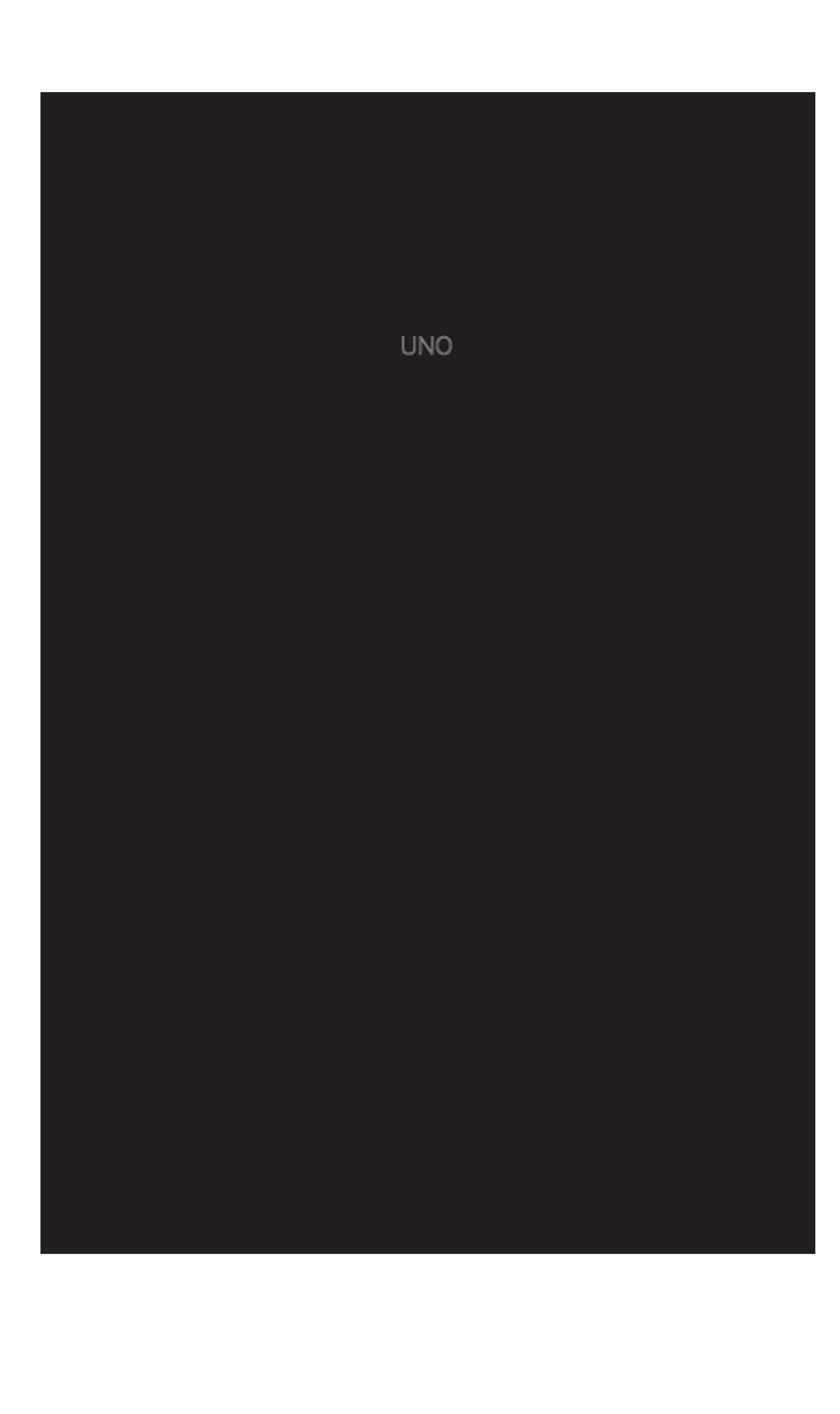
Durante mi infancia pasábamos el verano en una casa que mis abuelos tienen frente al mar y leo allí tebeos con frecuencia. Mi tío guarda en una caja llena de polvo y humedad los más típicos en su generación. Esa manera de guardarlos escenifica su condición de lecturas de segunda clase. Devoro las aventuras de Astérix, que son mis favoritas. En una ocasión le pregunto a mi padre por qué los romanos pierden siempre al final de cada aventura y él me explica algunas cosas que ya no recuerdo bien, pero dice algo que habrá de removerme la cabeza hasta este mismo momento en el que escribo. Argumenta que el Imperio romano cayó porque no fueron capaces de inventar el número cero. Estamos sentados donde la arena mojada se junta con la arena seca, escuchando batir las olas, coge una concha entre sus dedos y traza con ella una cruz en el suelo, un eje cartesiano. Los números son lugares, dice. El número cero también. Me explica la recta numérica y yo entiendo que las cosas que designamos ocupan siempre e inevitablemente un espacio, incluidas las ideas.

El valor posicional de los números, la importancia de expresar a través de un signo que en un espacio concreto no hay nada, parece fundamental. Decir el vacío, nombrarlo, ponerlo en signo, es tender sobre el suelo una marca sobre la que segar más tarde. Yo me acuesto algunas veces en la playa de mi infancia y extiendo las piernas de manera perpendicular a la línea del horizonte, formando con las dos un eje. Escribo un poema sobre eso que formará parte de mi último libro de poemas. Encuentro así consuelo, representación.

Los árabes inventaron el cero. Escribo ahora desde ese número, desde nadie, desde nada. No sumo en absoluto. Mi psiquiatra me pregunta en la última de las consultas cuánta desgana me invade del cero al diez, siendo cero ninguna desgana y siendo diez no tener aliento para levantarme de la cama. Quiero explicarle que hay rectas que se estiran de maneras impensables por debajo del cero y más allá del diez, y que de cada punto nacen puntos infinitos que hacen imposibles las categorías absolutas. Me recomienda que haga deporte a diario, así que comienzo un curso para aprender a nadar. Algunas semanas más tarde estar debajo del agua es mi único propósito. El monitor del curso es joven y animoso. Si te desorientas sigue la línea recta del fondo, dice.

La carretera que corre paralela al océano atlántico, desde Lisboa hasta mi casa en Santiago de Compostela, es el eje vertical que me atraviesa. Es el lugar donde me busco.

Lisboa, 5 de diciembre de 2018


UNO

En las matemáticas, como en la noche, pueden nacer intuiciones que sobrepasan las palabras escritas. Es imposible perseguirlas con el lenguaje, son laberintos de caminos cruzados que desaparecen detrás de los pasos que los recorren. Tío Carlos fue quien me enseñó a convivir con la noche, con las intuiciones y con las palabras. De él aprendí también a amar las matemáticas como una forma de misterio. A pesar de ello, él nunca llegó a saber convivir con casi nada.

Supongo que toda convivencia propone un baile de renuncias y sé que la vida entera de tío Carlos es una deserción permanente en la que no tienen cabida los abandonos voluntarios. El día de mi séptimo cumpleaños me regaló un elefante blanco de trapo. «Le tengo miedo», le dije. «Yo también», contestó. Aún lo conservo, lo guardo en una caja donde convive con otros recuerdos y fotografías de cuando era niña. Lo he colocado sobre una columna de libros que ocupa sin permiso el suelo, junto a la mesa en la que escribo estas líneas, las primeras en muchos meses. Ya no le tengo miedo.

En la misma caja de zapatos donde el elefante blanco de tío Carlos durmió durante todos estos años, encuentro una fotografía singular. En el margen izquierdo hay un dedo que cubre parcialmente el objetivo de la cámara y en el resto de la imagen no se ve nada más que una negrura inquietante. Recuerdo el momento exacto en el que saqué la foto, con una cámara de un solo uso que Natalia y yo habíamos comprado en un área de servicio de la carretera que conecta Lisboa y Faro algunas horas antes.

Estoy mirando la noche a su lado en la terraza de un apartamento vacacional. En la barandilla de aluminio donde ella apoya los tobillos hay una marca de óxido con forma de árbol. Hay también una luz naranja de farolas, un ruido de mar y tráfico que viene de la avenida principal y un grupo de mujeres con abanicos que vocean por la acera del paseo marítimo. Saco la primera foto del carrete tratando de probar cómo funciona la cámara. Me doy

cuenta de que no quiero enfocar nada de lo visible, y disparo contra la noche. La fotografía la recoge para siempre.

La distancia entre una estrella y otra, entre aquí y allí, me parece inconcebible. Aquí la luz eléctrica, el óxido, los abanicos, la cámara de cartón, el aire estancado. Allí un punto de luz turbador. Me asustan las magnitudes que imagino. Tengo miedo, desde que era una niña, de quedarme suspendida a la deriva en el espacio exterior, fuera de órbita. Tengo miedo de muchas cosas. Si cierro los ojos soy capaz de sentir ahora mismo en el estómago la ingravidez de la oscuridad, que es la misma que la de la serie numérica.

Dentro de ella están esparcidos los números perfectos, que son aquellos resultado de la suma de sus divisores naturales, exceptuando el propio número. El primero de ellos es el número seis. El número seis es divisible entre tres, dos y uno. La suma de los tres es él mismo: un número perfecto. El siguiente es el veintiocho y el siguiente el cuatrocientos noventa y seis. Se conocen cuarenta y nueve números perfectos y, entre los treinta primeros millones de números, solo existen cuatro. La distancia entre un número perfecto y el siguiente se expande cada vez más, igual que el universo mismo. Se relacionan íntimamente como rarezas de una serie no se sabe si finita o infinita.

Le hablo a Natalia de mi fascinación por la teoría de números. Ella se echa a reír y entra en la habitación. Me conoce bien. Hemos compartido todo lo que importa desde la escuela primaria y nos queremos sin fisuras. Tenemos el tipo de amistad que se convierte en una alianza para la vida. No siempre nos comprendemos pero, como los pilares de un puente, mantenernos en pie una a la otra ya forma parte de quién somos. Me gusta que las dos seamos insomnes, aunque algunas veces sea para compartir silencios.

Natalia me lanza una toalla desde dentro de la habitación para cubrirme las piernas y vuelve con dos latas de cerveza. Yo me cobijo como puedo en la tumbona de plástico y, señalando con el dedo a la oscuridad, le pregunto: ¿Ves esa luz? Asiente. Es un planeta, digo. Ella cierra los ojos. Cuando está triste, habla poco. Mirando la noche a su lado experimento una sensación de irrealidad por primera vez. La primera de muchas. Natalia y yo somos en ese momento dos números perfectos.

Pasamos las mañanas en la piscina del apartahotel y Natalia se

sumerge hasta el fondo de la parte alta. Lleva un biquini que tiene un estampado tropical de palmeras y pájaros exóticos. Yo nunca me atrevería a llevar algo así. Observo cómo cambian de color los azulejos de la piscina conforme pasan las horas. Sentada en el borde, con los pies metidos en el agua, leo una novela que apenas me interesa y, sin querer, me caigo en el recuerdo del cuarto de baño de la casa en la que crecí. Veo a mi padre persiguiendo con un tubo de silicona blanca las juntas de las baldosas de las paredes y del suelo. Me recuerdo también, al final de cada día, a la hora del baño, jugando con los ojos a imaginar que la bañera y la habitación entera desaparecen, y que solo quedan sostenidos en el aire los trazos de silicona, como una tela de araña que me contiene, blanquísima, un entramado de líneas perpendiculares y paralelas trazadas con la minucia de papá. Creo que esa es la primera idea de perfección que cobijo dentro de mí.

Casi todas las ideas de perfección que tengo están vinculadas a mi padre, supongo que por una suerte de sesgo infantil con el que aún miro el mundo que me rodea. Cuando encuentro súbitamente ese tipo de ejecución modélica en un objeto o en un lugar, viene a mi cabeza la precisión matemática de papá para las tareas manuales y también su caligrafía inclinada, en la que cada letra da comienzo a una diagonal invisible capaz de estirarse precisa hasta el final de la hoja de papel.

Igual ocurre en la música. Mi primera convivencia con la música forma también una simbiosis con la idea de perfección y de misterio matemático. Yo tengo más o menos la edad que mi hijo tiene ahora y escucho repetir a mi padre, cada mañana, una pieza de guitarra clásica con insistencia, hasta que todos los compases suenan impecables. Luego vuelve a empezar. Si comete un fallo mínimo, reitera de forma individual el compás equivocado una y otra vez, de manera que acaba por perderse el hilo de la música y las notas, una tras otra, parecen solamente una construcción algorítmica.

La diferencia única entre la música y las matemáticas es el hilo, la narrativa. La música quiere tender un hilo, las matemáticas trazan una línea recta sin principio ni fin. Es probablemente ahí donde nace mi devoción futura por las cajas de música. Carecen totalmente de narrativa pero están llenas de encanto. Me pregunto qué proporción de matemática y cuánto de literatura las convierte

en objetos exquisitos.

En una ocasión, mi padre y tío Carlos tienen una conversación telefónica en la que se obstinan en debatir los enigmas de la alta aritmética. Hablan de los números primos, y de los números primos gemelos. Yo veo dibujos animados en la televisión mientras atiendo de refilón a la conversación, indescifrable. Termina claudicando papá, como siempre, y más tarde recuerdan algunas anécdotas mil veces contadas de los años de la facultad de matemáticas en la que se conocieron los dos, y mi padre le dice que mamá y yo estamos bien y le relata las eventualidades de nuestra vida diaria.

Luego pone el auricular cerca de mí para que hable con el tío y le dé un beso a través del teléfono. Papá, y también yo a estas alturas, sabemos que tío Carlos es incapaz de interesarse por esas cosas, pero interpretamos el ritual a la perfección, igual que cuando él repite y yo escucho los compases imperfectos de la pieza de guitarra, atendiendo un protocolo tácito.

Desconozco qué tipo de números somos tío Carlos y yo, pero hubo un tiempo en el que me gustaba pensar que los dos éramos números primos gemelos. Comprendo que no es así. Los números primos gemelos tienen la cualidad de estar separados por la mínima distancia, que es, sin embargo, igualmente irrebasable que la más grande de ellas. Como en el caso del cinco y el siete, solo hay entre ellos otro número natural.

Los números primos gemelos tienen propiedades idénticas, aunque nunca se toquen. Ignoro si mi tío y yo somos impares e imposibles de dividir, pero sé que las líneas de nuestras manos se obstinan en confluir y que, en cualquier caso, somos consecutivos, como el número dos y el tres, los únicos primos que sí se tocan.

Natalia está tratando de olvidar a un amante disparatado, por eso viajamos hasta un destino donde ninguna de las dos querría estar en otra circunstancia. La madre de Natalia vive en Lisboa desde hace muchos años y tiene un contacto irregular con ella. Se llama Estrela. En aquel tiempo trabaja como fotógrafa y diseña alfombras. Pasamos un par de días en su casa y luego viajamos a Faro, que es para nosotras un no-lugar como cualquier otro. El plástico y el artificio espléndido de un turismo caducado nos acogen como si formáramos parte de ese mundo. El apartahotel que escogemos es perfecto. Ponen a diario sobre las camas un juego de

toallas con forma de cisne, y las cortinas de poliéster, a juego con la colcha, tienen un estampado de barcos azules. Necesitamos un lugar al que no querer volver, un lugar lejano para que la duración del trayecto nos permita imaginar que hay algo que dejamos atrás.

Natalia suele lidiar así con el dolor, sea del tipo que sea. Viaja, camina, se mueve de donde está, esperando extraviar en el recorrido aquello que la daña. Cuando éramos pequeñas, otra niña nos regaló a cada una pulsera de la amistad, hecha de hilos de algodón. Natalia la perdió pocos días después. Yo la conservé demasiado tiempo. A diferencia de ahora, cuando era niña guardaba siempre demasiadas cosas, aunque nunca sabía exactamente dónde encontrarlas después.

Las dos estamos tomando el desayuno al sol cuando me llama mamá para decirme que la abuela Úrsula acaba de morirse. Casi no reconozco su voz al otro lado del teléfono, y me imagino que el lugar donde me encuentro tiene la capacidad de modificar el color y la forma de las cosas conocidas como quien mira a través de unas gafas de cristales tintados. Anoto algunas frases y algunas palabras hermosas, que más tarde me servirán para escribir un relato epistolar que acabará formando parte de uno de mis primeros libros de narrativa.

En ese tiempo aún no escribo regularmente pero comienzo a emplear la escritura como instrumento para tamizar la realidad. La literatura hace que examine el mundo con una minucia deformante, que resignifica mi relación con los objetos comunes y con las situaciones anodinas. Aún no lo sé, pero serán cada vez más frecuentes las experiencias en las que un lugar vivido me resulte ajeno, una música querida se vuelva áspera, o un rostro conocido me parezca inexplorado. Termino por aceptar lo real como quien acepta como verdadera la excusa cortés de un amigo que tarda en llegar a una cita por cualquier otra razón que no nos quiere contar.

Natalia conduce en el viaje de vuelta a casa porque existe una ley no escrita que indica que alguien que acaba de perder un ser querido no debe conducir. Atravesamos en apenas siete horas el camino de vuelta desde Faro hasta Santiago de Compostela, y cada vez que nuestro coche entra en un túnel imagino que viajamos a través de una columna vertebral. Mi abuela ha muerto, y yo me concentro en perseguir con los ojos las líneas discontinuas de la

autopista. Observo los hilos del cableado eléctrico como si fueran cuerdas que me atan a la narrativa de mi infancia. Trato de llegar a través de ellos a un lugar de la memoria en el que poder meter los dedos y recoger algunas razones persuasivas para querer a mi abuela como debería. Necesito encontrar un espacio donde conceder cierta clase de dignidad a mis muertos, pero la búsqueda es equivocada y la deriva confusa.

Cinco años después de la muerte de mi abuela, encuentro en el fondo de un armario el vestido que llevaba en aquel viaje en coche. Estoy sola en mi apartamento de A Coruña, el último año que viví allí, y es casi verano. Me lo pongo y me miro en el espejo tratando de apreciar, en el movimiento sutil de la gasa al caer, algún recuerdo de mí en aquel tiempo. Tengo que escribir ese libro, el que ahora comienzo, pienso. Tengo que volver a mi ciudad. Pero aún falta mucho tiempo para que tío Carlos me convenza para hacerlo.

Mi casa está a doscientos metros de la playa y salgo a la calle con el vestido y una chaqueta de algodón azul. La sensación me desagrada en todo momento, tengo frío y el vestido se me pega en las piernas con el viento mientras cruzo el arenal, pero aun así camino hasta la orilla misma y me siento en la arena mojada con los pies descalzos. Escribo con el dedo mis iniciales sorteando las conchas. Después me quedo quieta mirando las letras y el final de una ola que se arrastra por la arena me alcanza, borrando primero lo que acabo de escribir, mojando después mis muslos bajo la tela finísima, y sacudiendo mi sexo transversal y horizontalmente, en una intrusión fría e inesperada que, sin embargo, no resulta violenta para mí. Hay días en los que necesito que algo me sacuda, que algo me golpee en la cabeza como si la cabeza fuese un tambor.

Natalia y yo hacemos el viaje de vuelta casi en silencio. Nos acariciamos una a la otra por nuestras heridas recientes, aunque yo sé que ya ha olvidado a quien venía a olvidar y ella sabe que no puedo estar triste todavía. Me preocupo por los aspectos prácticos de la muerte de la abuela Úrsula, por los vestidos oscuros que tengo en el armario y por el encuentro inevitable con mis tíos y con mis primos, a los que hace años que no veo.

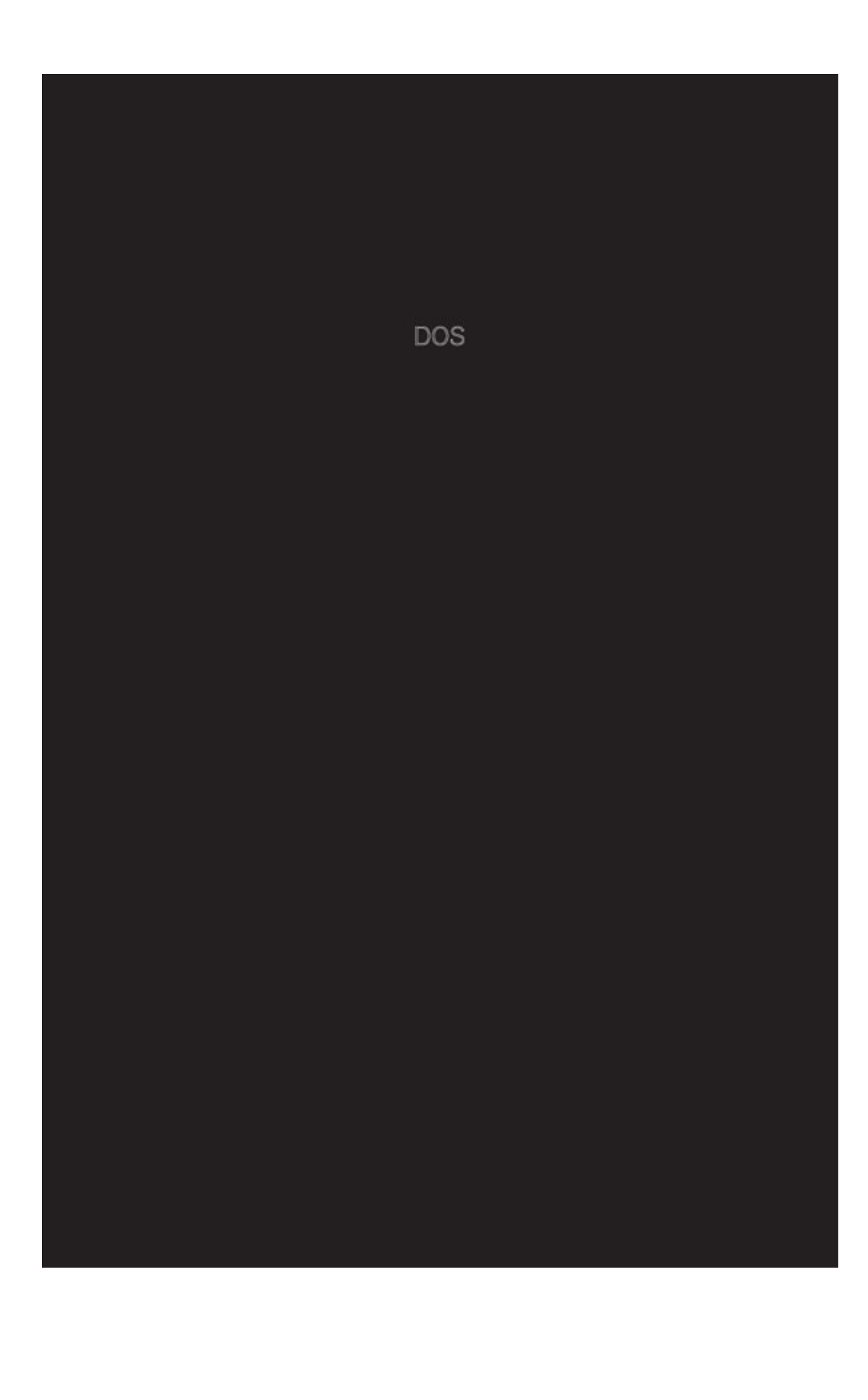
Apenas llego al velatorio antes de que se haga de noche. Me impresiona el mal gusto de las coronas de flores y el ataúd abierto. También las uñas de la abuela pintadas de rojo. Sin saber por qué,

comienzo a notar el peso de la culpa, que recibo en herencia como la picadura de un insecto. Voy a heredar algunas cosas más. Meses antes de morir, la abuela Úrsula me compra un perfume caro que escoge para mí como una especie de rito de transición por haber alcanzado la mayoría de edad. Ese y no otro sigue siendo el perfume que uso ahora.

Unas horas antes del funeral me envían al aeropuerto a recoger a mi prima Úrsula, la hija mayor del tío Emilio, que es un poco más joven que yo, y que es la única que lleva el nombre de la abuela. Esperándola escribo un poema sobre las uñas rojas de la abuela y dudo de que mi nombre sea el nombre que debí recibir. Llega en un avión desde Barcelona y la reconozco entre el resto de pasajeros porque he buscado en la red alguna fotografía suya la noche anterior. Nos tratamos bien, como si no fuésemos de la misma familia. Cuando se sienta en el asiento del copiloto se mira en el espejito del parasol y se pinta los labios. Yo pienso que ninguna de las dos tenemos la culpa de ser quienes somos y conduzco como una autómata.

En el cementerio, tío Carlos no parece saber dónde está. Abandona su lugar en la primera fila para arrancar una margarita silvestre del suelo y la posa sobre el ataúd de madera, en un gesto tan hermoso como terrible.

Es abril de 2006.


DOS

Después de la muerte de la abuela Úrsula, ayudo a mi madre a desmontar la casa. La idea de una casa en la que ya no vive nadie, marchitándose con sus objetos sin otro propósito, se le hace perturbadora a mamá. Es su casa de la infancia la que desmantelamos palmo a palmo. Yo envidio poseer una casa de infancia que permanezca en algún sitio, porque todas las casas que he tenido, sin excepción, han sido provisionales.

Guardo en una caja de mudanzas los marcos de fotos que ocupan hasta el más mínimo lugar y, en el fondo de una de las estanterías de la vitrina del comedor, encuentro un retrato de familia colocado hábilmente para pasar inadvertido detrás de la porcelana. Me parece que es el último en el que se puede ver juntos a todos los hijos de la abuela, aunque tío Carlos y yo, a lo mejor de forma profética, parecemos estar fuera de la imagen, como en uno de esos juegos de lógica en los que hay que adivinar cuál es el elemento que sobra en la serie. Nos miramos uno al otro en vez de mirar al objetivo, yo entre los brazos de él, tocando con mis manos pequeñas la montura de sus gafas.

Mamá y tío Carlos son los dos hijos más jóvenes de la abuela Úrsula. Nacieron en el mismo parto, primero el tío y pocos minutos después mamá, pero crecieron como dos líneas perpendiculares que han coincidido una única vez en un punto concreto sin ellos pretenderlo. Son mellizos. Si bien los gemelos son idénticos el uno al otro, los mellizos pueden ser distintos en todo, como cualquier otro par de hermanos. No existe en mi idioma la palabra «mellizos», ni ninguna otra para nombrar a los gemelos que no son idénticos. Nos las arreglamos como podemos. Con frecuencia, ni siquiera nombramos la diferencia. El camino que iniciaron mamá y tío Carlos, desde ese primer punto que fue un parto largo y complicado, en la misma cama en la que habían nacido todos los hijos, resultó veloz e inevitablemente separador, sin vuelta atrás.

Las diferencias entre uno y otro, las distancias insalvables, no

tienen nada que ver, a pesar de todo, con la hondura del amor que hay entre los dos. Mamá y tío Carlos aprendieron a quererse como una pareja de números perfectos, tal y como Natalia y yo nos quisimos aquella noche en el balcón de un apartahotel barato. Para personas como mamá, como el tío y como yo, la disparidad entre nosotros mismos y el otro suele ser un espacio que abrimos para que el amor lo ocupe. No importa lo grande que sea ese espacio, tanto más grande será el amor que crezca para conquistarlo. A lo mejor por eso amamos la diferencia. Igual que el silencio, la diferencia nunca es una derrota. Es apenas un lugar.

La abuela Úrsula tuvo dos hijos varones antes de nacer mamá y tío Carlos, el único de todos ellos que me quiso, siempre a su manera, que es como quieren las personas que quieren de verdad. El mayor de todos, el tío Emilio, llevó el nombre del abuelo, aunque al abuelo nadie le llamara nunca por su nombre, sino por su rango en el ejército de infantería: capitán. Incluso sus hijos, o sobre todo ellos.

El abuelo murió mucho antes de nacer yo. Me parece que el abuelo es mi primer recuerdo inventado. Todo lo que sé de él son apenas algunos restos de naufragio, muy confusos, que mezclan lo poco que mamá quiso decirme, atravesado por la pátina dignificadora del relato de la abuela Úrsula y por algunas anécdotas contadas con la distancia irónica de tío Carlos, la mayor parte de ellas desagradables. Supuse siempre que era un hombre firme y de pocas palabras, sé que era un jugador notable de cartas y un escritor de diarios mediocre, y que conservó desde la guerra su pistola de capitán cargada en una maleta forrada por dentro de terciopelo azul oscuro. Decía que la guardaba por si acaso.

Supe más tarde que, como suele suceder, las cosas no fueron como me las contaron a mí. El capitán no se había retirado del ejército con honras y vítores, sino que fue invitado a ejercer durante años funciones administrativas en un cuartel de provincias, bajo amenaza de expediente disciplinario. Todo esto me lo contó tío Carlos en una de las muchas tardes en que lo visité cuando estaba lúcido. Como si fuera un secreto altísimo, me habló de la negativa de mi abuelo a participar en la ejecución de un grupo de trabajadores sindicados en el año cuarenta y dos. Me cuesta entender por qué la historia familiar se empecina en reivindicar lo

contrario, pero supongo que la razón es la misma, o al menos se parece, a la necesidad de la abuela Úrsula de rescribir las causas de la muerte de su marido, acuciado por una crisis asmática, borrando todo signo grotesco del relato y detallando con precisión el infortunio de su viudedad temprana como consecuencia de un infarto de miocardio inventado, fulminante y heroico.

Después de tío Emilio, condenado a llevar no solo el nombre, sino la losa de los éxitos del capitán, llegó el tío Fernando. Mi tío Fernando es cardiólogo, arrogante y el hijo predilecto de su padre. Vive en Barcelona y apenas lo conozco. Cuando llegaron los gemelos, mis abuelos solo esperaban a la niña que completase el retrato familiar, así que mi tío Carlos fue desde el parto un estorbo inesperado, una anomalía. Incluso antes de convertirse en un loco.

Se interesó temprano por las matemáticas y otros lenguajes que para él eran transparentes. Le gustaban las gafas de aumento, los charcos y los espejos. La caligrafía, las retículas de azulejos, el impresionismo. Las órbitas mecánicas, las cajas de música, las cápsulas. Las duplicidades, la morfología de las moras y de las grosellas, la simetría. Lo he imaginado siempre como una suma inexacta de todo lo que le gustaba hacer y observar. Inexacta porque la compilación minuciosa de todas las cosas que forman parte de tío Carlos siempre se queda lejos de revelar quién era él, como si fuera un número defectivo, siempre mayor a la suma de sus divisores naturales. Eso es lo único en lo que puedo pensar mirándonos a él y a mí en la fotografía de familia que sostengo entre las manos antes de guardarla con las demás.

Recuerdo muchas cosas de aquel día. Voy con mis padres a un almuerzo de verano en la casa familiar de la novia de mi tío Emilio, que va a casarse poco después. No tengo más de cinco años y aún no se me ha caído ningún diente de leche, que es lo que me preguntan todos. La casa es enorme, no solo a través mi mirada infantil, sino a través de la de cualquiera. Me colocan una corona de flores igual a la que llevan en cabeza las niñas de la familia de ella, pero la detesto y me la quito nada más ponérmela. El jardín es majestuoso, tienen arbustos de mirto podados con forma de laberinto, y un elefante esculpido en piedra de mi tamaño. Tío Carlos parece no estar, pese a que nos acompaña durante la comida y en la sobremesa sentado junto a la abuela Úrsula. Es uno de esos

días en los que el tío desaparece casi por completo en algún lugar de su cabeza.

Hay un estanque ovalado con peces de colores que parece que me busca desde el principio, colmado de plantas acuáticas de hojas gruesas bebiendo en la superficie, y cubierto de un abrigo de buganvillas de flores lilas que trepa por la pared. Dentro del agua, turbia, los peces se ven muy poco. El estanque está en el final del jardín, lejos, quieto como un presentimiento. Las mesas para el almuerzo están dispuestas en la solana de la casa y la familia de la novia trata continuamente de convocar el elogio y la atención de la abuela Úrsula, que se deja servir una infusión con dos terrones de azúcar de la bandeja que lleva una mujer con delantal de cuadros, como si el ritual de ser servida no le fuera ajeno. Todo es un juego tenso de gestos de elogio y muestras de suficiencia.

Observo a mis padres en la fotografía. Son genuinamente guapos, tienen en la piel una frescura casi adolescente y en la mirada la luz de todos los veranos por llegar. Mamá lleva un vestido azul con pequeñísimos lunares blancos y unas zapatillas de esparto atadas a los tobillos. Papá no viste camisa como los demás. Atesoran un encanto especial. Los dos son algo más jóvenes que yo ahora mismo. Mamá tiene la belleza de una veterana de combate. Aún la conserva. Observo sus tobillos atados con cintas, fuertes como los de un soldado y a la vez delicados como los de las bailarinas que llevan dentro las cajas de música. Así creo que es mamá. Es enfermera de pediatría. A veces el gesto de sus ojos parece indicarnos a papá y a mí el camino. Y siempre es ella, y no papá, a quien necesito observar para saber si estoy o no a salvo. Mamá es el único lugar al que puedo llamar «casa».

Después de almorzar me acerco al estanque con curiosidad de exploradora. Los peces se esconden y quiero coger con la mano una flor blanca de magnolio caída en la superficie del agua. Apoyo el cuerpo en el borde de una piedra, estiro los brazos, me elevo todo lo que puedo de puntillas y mis dedos casi son capaces de recoger la flor que se hunde poco a poco. Luego pierdo el equilibrio y caigo con la mitad del cuerpo dentro del estanque mientras escucho de lejos los avisos de los adultos. Apoyo las manos en el fondo, que tiene un tacto limoso, y abro los ojos en los brazos de mi padre, empapada. Son apenas un par de segundos los que paso con la

cabeza sumergida, pero sirven para configurar la idea de límite que conservaré el resto de mi vida.

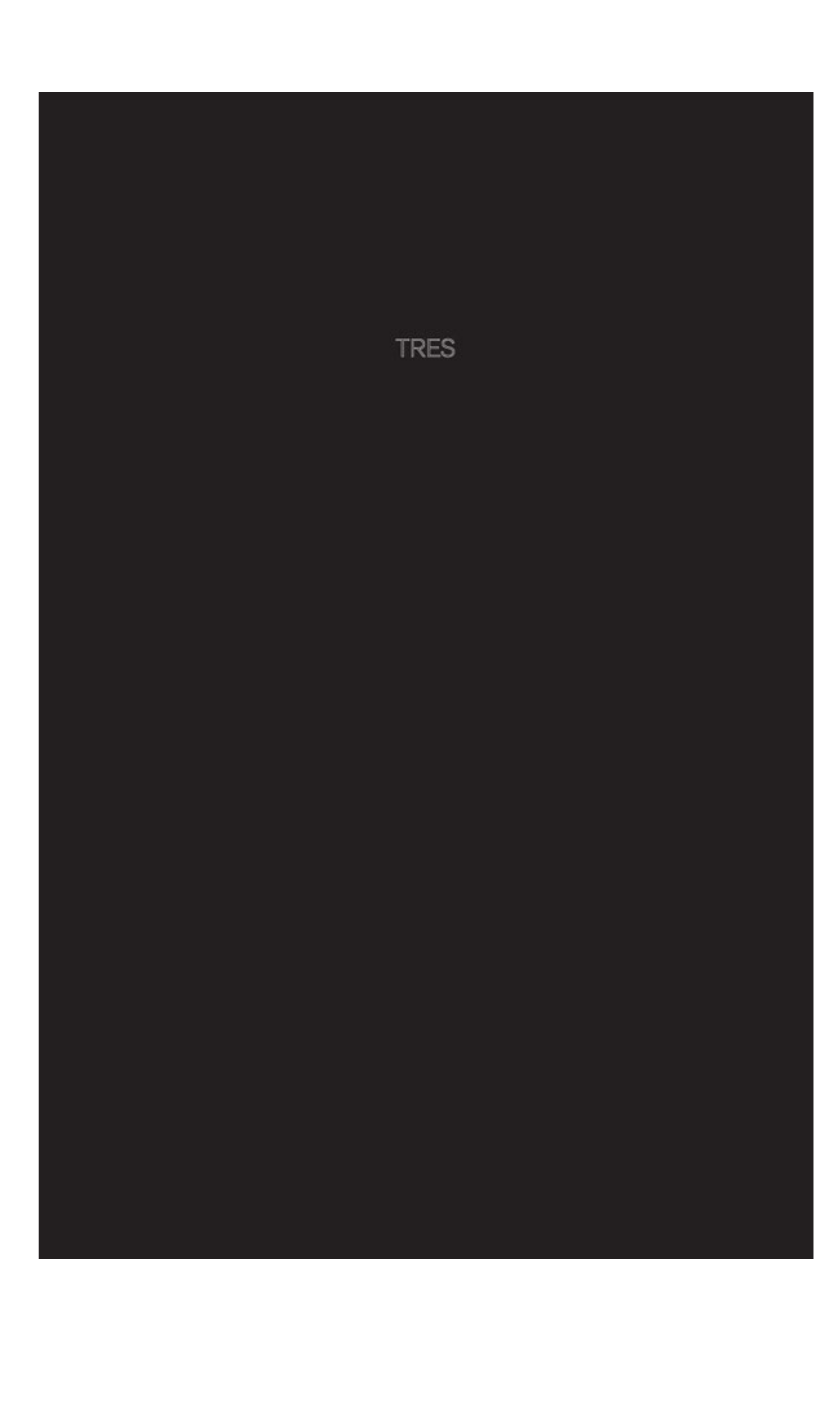
Como si siguiera recién salida de aquel estanque, así observo los espejos, el mar, las fotografías, los escaparates. Todos ellos son espacios en los que introducirse o no. El final y el principio de las cosas son entidades que se tocan a un lado y a otro de su superficie, que imagino como una lámina finísima que los delimita en dos dimensiones: dentro o fuera. No busco con los ojos el punto de fuga en el que todo confluye, sino la piel de los objetos, el límite que separa la realidad interior de la visible. La voluntad de indagar con el dedo en la tensión superficial hasta quebrarla, para tocar con las manos ese fondo limoso de cada paisaje, me persigue desde entonces.

Mi relación con el agua se vuelve extraña después de aquel día. No sé nadar y nunca he querido aprender hasta hace pocos meses. Sin embargo, las piscinas me parecen lugares apasionantes. Con relativa frecuencia sueño que estoy sumergida en una piscina y que mis piernas y mis brazos flotan y resbalan, y mi piel tiene el tacto que le imagino a una sirena, y mi ombligo marca el centro de mi cuerpo como si todo él fuera un objeto que gira sobre sí mismo en espiral. Normalmente estoy desnuda y sola en la piscina del sueño, y eso es apaciguador y está lleno de encanto, como un regreso a una etapa anterior previa a las leyes de la gravedad y a la conciencia de las huellas de mis pasos en el suelo. No tengo ropa para salir, pero no es eso lo que me preocupa. Mi empeño no es encontrar alguna fórmula para emerger al exterior de la piscina vestida, sino prolongar todo lo posible el momento de tener que salir de ella. Habitualmente el sueño termina antes de que tenga que hacerlo.

Durante buena parte de mi niñez me obsesionó construirle muros al mar. En la arena mojada, con marea baja, levanto pequeñas piscinas cercadas por diques de arena que voy reforzando con las manos a lo largo de la tarde. Cada vez soy más hábil y las piscinas son más profundas y más grandes, de forma que puedo sentarme dentro de ellas y estar cubierta de agua casi por completo. Disfruto solamente del agua quieta. Las olas, aun en costas tranquilas, son imprevisibles.

No gestiono bien lo imprevisible, a lo mejor porque yo misma soy así la mayor parte del tiempo. Imagino que es algo que he

heredado, sin quererlo, de la abuela Úrsula. Mientras recogemos su casa, encontramos notas manuscritas en pequeños trozos de papel prácticamente sobre cada objeto de importancia que poseía, sobre cada cajón, sobre cada espejo: las medicinas, los pequeños recados, el listado de los libros que están guardados en la librería y los que están en la mesilla de noche. Esa necesidad de controlar las pocas cosas que pueden controlarse, de anotarlas y darles forma, se parece mucho a lo que yo hago: escribir para comprender la infinidad del mundo en el que vivo como si fuera una casa que me pertenece.



TRES

Estar enfermo no es lo mismo que estar solo, pero quien está enfermo conoce bien la soledad y quien está solo termina con frecuencia enfermando. Mi tío Carlos lo sabía bien. Aunque siempre estuvo enfermo, creo que no siempre se sintió solo, y que conoció la amistad y el amor, la felicidad y la miseria, la soledad y también el mercurio, que se cuela sin remedio por la más mínima grieta. Tío Carlos, como casi todas las personas de nuestra familia, ha caminado por el sendero envenenado de la locura, a lo mejor él más tiempo que los demás, aunque desconozco el tiempo que tendré que lidiar yo con ese tránsito.

Creo que muchas veces nos entendimos cuando yo era niña. Algunos domingos, antes de comer todos juntos en la casa familiar de la abuela Úrsula, me dejaba acompañarlo a comprar los periódicos del día mientras las mujeres en la cocina ultimaban los preparativos del almuerzo. En un estanco que ya no existe, compraba también un paquete de tabaco americano y un mechero, que extraviaba al cabo de pocos días. Después, camino de vuelta a casa, entrábamos en las galerías comerciales que aún ahora están abiertas cerca de la que fue la casa de la abuela.

Buscábamos allí un carrusel diminuto, feo, de tres caballos histriónicos, y me aupaba para montar en el caballito blanco que, creo, era el más bonito y el único que aún movía la cabeza al tiempo de girar. Me miraba allí subida por algunos minutos. Siendo adulta, y una vez retirado aquel juguete, he llegado a pensar que la conducta del tío conmigo era semejante a la del propio carrusel, que respondía a una forma mecánica de relacionarse. Me pareció que el tío, como el carrusel, lograban ejecutar una coreografía que se supone debe hacer feliz a una niña pequeña, pero sin cobijar en el pecho la capacidad de compartir la alegría. Sin embargo, otras veces estuve segura de que no era así, de que el caballito blanco era brillante y hermoso, de que tío Carlos disfrutaba mirándome sonreír y de que, para él, aquella parte de nuestro paseo era, también, la

mejor de todas.

Así es como escojo recordar el carrusel. Creo que no se debe dar forma con la mirada del tiempo a los recuerdos felices. No merece la pena estropearlos. Los recuerdos vienen en frascos de cristal, como el mercurio, y son perfectos al contemplarlos así. Pero si el cristal se rompe, el mercurio se expande hermoso y terrible sobre las cosas. Igual hace el recuerdo. Un recuerdo roto es un veneno mortal. Sin romper es la soledad.

Mi primer amor de adolescencia me compró una vez un boleto para un carrusel que habían instalado en los jardines de Méndez Núñez de A Coruña. Fue en una tarde de sol atenuado de finales de agosto, poco antes de que comenzara el curso universitario, y me propuso que montáramos juntos. Él no podía imaginar que se tropezaría con mi oposición frenética. Sospeché que aquello podría quebrar fácilmente el recuerdo del carrusel y de mi infancia con tío Carlos y lo rechacé con furia. Aquel chico no fue capaz de comprender nada. Ignoraba que delante de mí estaba desparramándose un frasco de cristal colmado de magia, cuyo contenido se fragmentaba sin remedio en pequeñas esferas grises.

A partir de ese accidente, la vida que yo conocía dio un giro salvaje. Recuerdo apenas vivir rápida como un diábolo que gira en el aire, trazando rumbos a lo mejor previsibles desde algún punto de vista pero imposibles de interceptar. La palabra para todo esto es giro, sí. Apenas dormir. Apenas escuchar a nadie. Apenas leer o ser capaz de leer, o no recordar lo que leo. Escribir mucho y desordenadamente. Comer alimentos disparatados. Escuchar música. Querer conducir a pesar de no saber aún conducir.

La furia que me empujaba a desgranar la vida como si tuviera que exprimir todo su zumo en poco tiempo, se diluyó no sé muy bien cómo. Cuando fui capaz de mirar atrás y observar lo que había ocurrido, fijé el punto de inicio de todo aquello en el enfado en el carrusel. Supongo que fue el primer episodio de una cadena larga que habrá de acompañarme el resto de mi vida, aunque me haya llevado tanto tiempo llegar a interpretarlo como tal.

Ninguna cosa en tiempo de crisis es fácil de interpretar. Una tarde voy a visitar a la abuela y a tío Carlos de vuelta de la facultad. Entro con las llaves y saludo al tío en la sala de estar, que ve una película de espías. Espero un tiempo sentada a su lado sin que nada

ocurra y voy en busca de la abuela. La abuela fuma sentada en la mesa de la cocina. Es la primera vez que la veo fumar. No responde a ninguna de mis preguntas ni a ningún otro estímulo externo, como si fuera presa de una lentitud infranqueable. Sobre la mesa hay un pequeño tocadiscos en el que suena Patty Pravo cantando *tu me fai girar/tu me fai girar/come fossi una bambola*.

Me parece que esa es la primera vez que me hago cargo como adulta de que la abuela no está bien, pero no es el primer episodio del que formo parte. Interpreto esa especie de ausencia como una traición. Me recuerda a mi relación con otro objeto exquisito, un pequeño ciervo de cristal, que mi primo Andrés rompió jugando sin permiso con un avión de lata una tarde de navidad de los primeros noventa.

Ignoro si el ciervo de cristal era tal y como lo recuerdo, sublime y lleno de esquinas luminosas y detalles geométricos, pero sí recuerdo con nitidez desear tocar aquel objeto imposible, colocado en la parte alta de una mesa auxiliar, y la prohibición explícita de hacerlo. Tampoco sé si era valioso en realidad. Dediqué horas a observarlo como si mirara mi propia fragilidad, codiciando su majestad, su transparencia. No sería hasta muchos años después cuando entendí de forma inesperada la causa de aquella atracción mientras leía The Glass Menagerie de Tenesse Williams.

He tardado muchos años en perdonar a mi primo íntimamente. Que hubiese roto el ciervo de cristal me pareció una barbarie, y es el primer sentimiento apasionado de pérdida que he tenido. Puedo evocar perfectamente los fragmentos rotos sobre el suelo y la certeza instantánea de que aquella era una circunstancia irreversible. Es la misma impresión que tuve cuando vi el ataúd de la abuela Úrsula la noche que regresé de Faro con Natalia. El ciervo de cristal es el objeto que representa la primera vez que experimenté la muerte como constancia de que algo que amaba mucho interiormente ya no existe como tal y no va a regresar.

El estado de la abuela Úrsula cuando se rompió el ciervo de cristal era semejante al de la tarde de Patty Pravo, una especie de colapso casi eléctrico, como si a través de su cuerpo hubiera un circuito tendido que estuviera averiado en algún punto. No dijo nada cuando vio el avión de mi primo sobrevolar la sala de estar repetidas veces, ni siquiera con el estruendo del juguete contra los

cristales de la galería en los primeros lanzamientos. Por eso lo percibí como una traición. La abuela se convirtió en cómplice necesaria de aquel acto de crueldad.

Aquella tarde mamá la convence de alguna manera para salir de casa y la acompañamos a la iglesia. Caminamos después por el paseo lateral de la alameda de Santiago de Compostela, junto al estanque, y lanzo pedazos de pan a los patos. Mamá señala los cisnes, escondidos en una pequeña construcción de madera en el centro del estanque. Son hermosos. Yo digo muchas veces que son hermosos porque soy una niña pequeña y me gusta reiterar mi entusiasmo. Luego la abuela Úrsula sale por primera vez de sí misma y me reprocha con enfado: «yo soy más hermosa que cualquier cisne».

La infancia naturaliza lo extraño o, cuando menos, lo comprende. No es cierto que la niñez sea desprejuiciada, pero sí tiene cierta condición inaugural, y me parece que es la emoción la que guía el conocimiento razonado del mundo y no al revés, aunque no tengo claro que eso sea mejor que otra cosa.

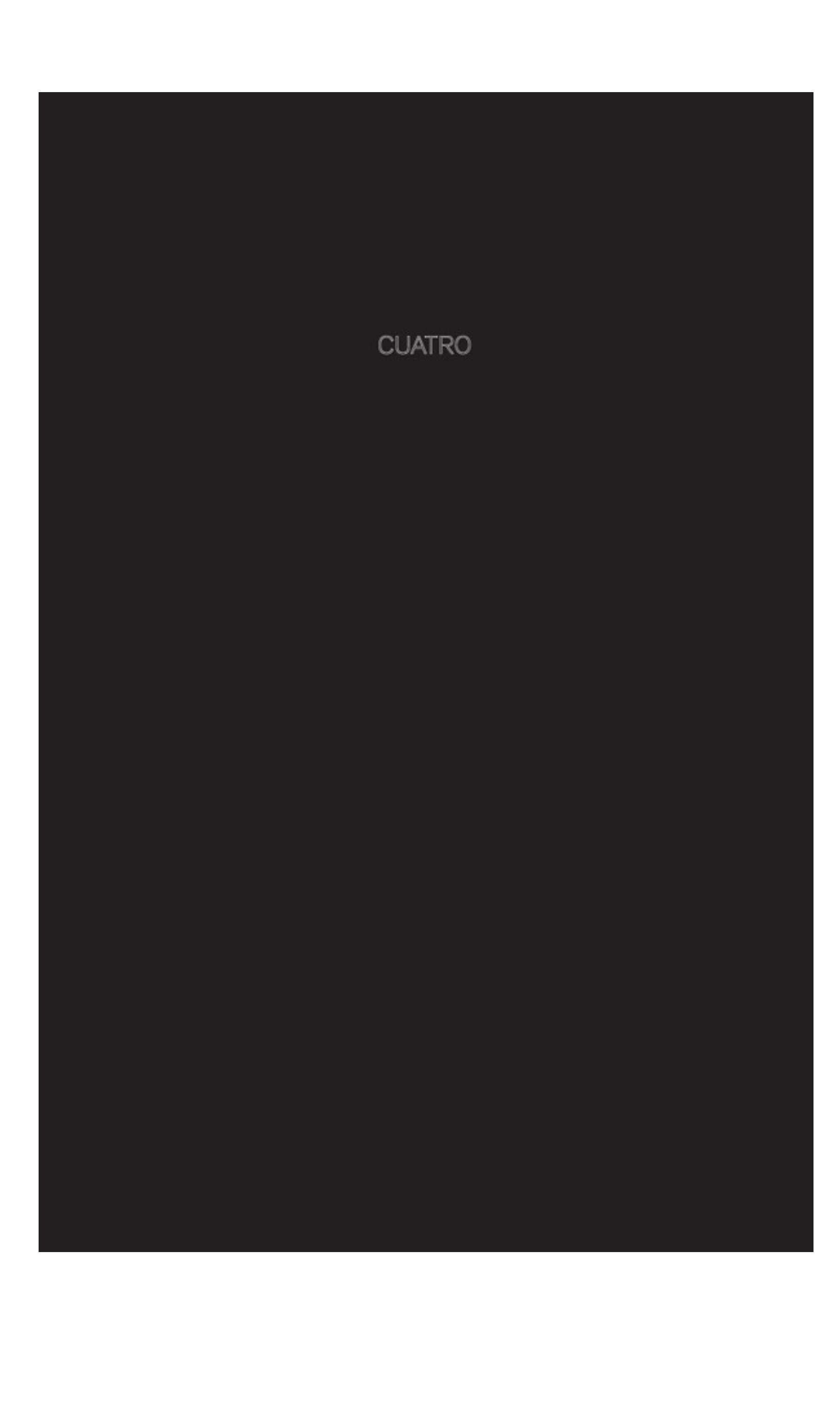
Mi mundo es ambiguo. En mi familia a ir al psiquiatra le llamamos desde hace mucho tiempo ir al dermatólogo. Es la manera que ha inventado mi abuela Úrsula para afrontar el estigma en la conversación diaria. Las personas de mi familia tienen casi siempre problemas cutáneos.

En mi mundo hay porcelana y reverencia, tardes de estudio de piano y vestidos imposibles. También hay persianas cerradas y teléfonos que suenan en medio de la noche; y adultos que lloran sin explicar por qué lo hacen. En una ocasión mi padre me despierta de madrugada y me dice que tenemos que salir. Mamá no está con nosotros porque tiene guardia, y caminamos hasta el Hospital Provincial, donde algo que aún no sabemos, y que nadie me explica nunca, le ha ocurrido a mi tío Carlos.

Allí encontramos a mi madre vestida de uniforme, con los ojos muy abiertos y el pelo recogido en una trenza despeinada. Escucho palabras que no significan mucho para mí. Lavado de estómago. Paroxetina. Daño cardíaco. Esperamos mucho tiempo, papá y yo, y me quedo dormida en los bancos de plástico de la sala de espera jugando con muñecos de Lego. Después de eso tengo el recuerdo confuso de visitar alguna vez a mi tío en otro hospital, durante

muchos meses, pero no sé si es una memoria reconstruida.

Mi forma infantil de interpretar la enfermedad de tío Carlos y de la abuela Úrsula es algo en lo que comienzo a pensar mucho después de recibir yo misma un diagnóstico, al tiempo que concibo la posibilidad de llegar a ser madre. Analizo obsesivamente por qué deseo tener un hijo, si alguien como yo debe traer a otro alguien al mundo. Y para qué. Y cómo será. Existe un círculo difícil de romper dentro de mi código genético que trae la enfermedad a nosotros. Y la trae sin que se sepa muy bien a quién le tocará en suerte ni en qué momento puede aparecer, como el caballo negro de un carrusel en el que giramos todos, arriba y abajo, saludando desde la rueda. Repitiéndonos.



CUATRO

El 31 de diciembre es una fecha de nacimiento que predispone a la neurosis, porque atribuye significado a lo que no deja de ser casual. Los neuróticos de cierto tipo hacemos eso constantemente. Por supuesto hay muchos tipos de neurótico y mi tío Carlos y yo solo nos parecemos en que, llegado un punto, dejó de apetecernos negar que no somos como la gente normal, sea lo que sea eso.

A lo mejor como consecuencia del día en que nací he crecido confiando en la necesidad de un orden exterior para las cosas y para los acontecimientos rutinarios, que relegue el azar a consideración de residuo. El orden le entrega al neurótico el control, igual que las normas. Por eso es mejor inventarlas que ceder el mando. Las imperfecciones son retos, a veces sugestivos, otras exasperantes.

De la necesidad de completar por entero cada ritual y cada ciclo, en especial los del tiempo, nace mi neurosis. Cuando termina un año y comienza otro, para mí ocurre de manera literal. Yo inauguro un año de vida y dejo otro atrás más que cualquier otra persona. No es exacto porque nunca funciona todo perfectamente bien en las manías que inventamos, y la excepción origina todo tipo de argumentos. El neurótico necesita argumentar continuamente. Se pasa la vida persiguiendo la trama. Porque soy una neurótica creo que también soy escritora.

Nací a las seis de la tarde: esa es la imperfección. Cada año soy dueña de seis horas en la niebla que me sirven para coger impulso para el siguiente año: ese es el argumento. La abuela Úrsula murió seis horas antes de su cumpleaños. Estaba a punto de cumplir ochenta años, otro número redondo, ordenado, par, el número atómico del mercurio. Vivió ocho décadas menos seis horas. Creo que esas fueron sus horas en la niebla para prepararse para la muerte, aunque a efectos prácticos fueron las horas que pasó en el depósito de cadáveres del hospital. Tío Carlos nació el 1 de enero. Para él es aún más exacta la consonancia entre la vida y el calendario gregoriano. Por eso, creo, es más neurótico que yo.

Mi tío Carlos es un devoto de la macedonia, de la menestra de verduras y de la ensalada. Todas las recetas que suponen una mezcla de ingredientes picados en trozos de tamaño variable comportan un ritual inevitable para él. Primero observa algunos segundos la ración servida, analizando la distribución casual de los alimentos. Después los separa en pequeños montones que distribuye imaginando que el plato es una rueda de bicicleta, comenzando por el extremo exterior hasta el centro, respetando una breve separación radial. Es minucioso en el proceso, incluso con la ensaladilla rusa. Parece difícil imaginar el empeño en separar todos los ingredientes de la ensaladilla rusa en montones diferenciados para después comerse cada uno por separado.

Para que el mecanismo encuentre sentido dentro de su neurosis, emplea el tenedor y el cuchillo como instrumentos desposeídos de la función para la que fueron concebidos inicialmente. Con el tenedor selecciona cada fragmento, con el cuchillo los limpia de todo contacto anterior con un alimento de distinto tipo. Nunca clava ninguno de los dos instrumentos bajo ningún pretexto, ni siquiera en un trozo escurridizo de zanahoria. Tampoco abandona un fragmento difícil ni selecciona previamente los más sencillos de separar en grupos.

Puedo reconocer la hora y el día exacto en el que terminó mi niñez para siempre. La abuela trajo un café para tío Carlos a media tarde y lo dejó sobre la mesa de la sala, en una bandeja de lata. El ruido del vaso de cristal contra la cuchara, mientras mi tío removía cinco veces en el sentido de las agujas del reloj y otras cinco en sentido inverso, fue el detonante. Y lo supe, como se saben esas cosas de las que no se habla nunca, certezas que se contagian en las familias los unos de los otros sin que nadie haga nada, solamente como consecuencia de respirar el mismo aire. Era una verdad obvia: tío Carlos no cuidaba de mí, tío Carlos era cuidado también, al tiempo que yo misma era cuidada, todas las tardes. He pensado algunas veces que esta novela debería llamarse La soledad y el mercurio o La niña y el loco. Después de tío Carlos hubo mucho más mercurio que locura, y tanta soledad que sería capaz de empapar con ella las páginas que me quedan por escribir el resto de mi vida.

Me enseñó a lavarme las manos siguiendo un ritual de

quirófano. Las manos, en la parte de los nudillos, cuando se frotan demasiadas veces al día y con demasiado esmero, terminan enrojeciéndose hasta doler. Después la piel se seca y se endurece. Soy una niña de ocho años que va a casa del tío a recoger un regalo de cumpleaños previamente anunciado y tomo conciencia de que he aprendido a mirar el envés de sus manos para saber cómo va a ser la tarde con él.

Si sus nudillos están demasiado rojos, nos quedamos poco tiempo y tío Carlos apenas habla conmigo. Me trata como si yo fuera una gata de angora con mal carácter, respetando las distancias. Si están duros, necesita hablar con mamá. Cuando están en carne viva tío Carlos suele encerrarse en el cuarto donde murió el abuelo.

Me cuesta mucho dejar de relacionar las marcas de obsesiones con la escritura y otras cosas que involuntariamente significan para mí un signo de enfermedad. No logro escribir ficción, pero tampoco me siento particularmente obsesionada con nada. Camino por la calle pisando todas las líneas del suelo. Me medico. Me pregunto si la medicación me resta también la creatividad, y reconozco en mí, algunas veces, el ánimo de estar enferma, de ser diferente o sentir de otro modo. En ocasiones me asombro pensando que estar enferma es otra forma de no ser normativa. Otras me doy cuenta de que solo es eso: estar enferma.

Mañana es otra vez mi cumpleaños, y los festejos me aturden como un tambor debajo de la cama. Mañana cumpliré treinta años. Visito a mis padres, aunque en mi casa no se hace nada especial. Mamá prepara tazas de doce uvas para despedir el año y yo la ayudo. Tío Carlos solía pasar este día con nosotros, y era hermoso estar juntos y hacer las cosas que hacen todas las familias felices, aunque no siempre nos pareciéramos a ellas.

Pocos días antes de mi cumpleaños número veintitrés es cuando comienzo a medicarme. Así que cuando cumplo años recuerdo también aquel momento. Por primera vez tomo veinticinco miligramos de lamotrigina y, como para casi todas las cosas, involuntariamente, convierto el hecho en una ceremonia. Abro cuidadosa el envase, observo el blíster plateado con las píldoras blancas, redondas, mientras suena en el ordenador portátil esa canción que me pone tan triste, River, de Joni Mitchell.

Siento que yo soy la mujer de la que habla la letra, siento que yo también estoy perdiendo a mi amor en Navidad y que también yo deseo un río largo para resbalar por él hasta llegar a un lugar del que nunca se habla en las canciones de Joni Mitchell, pero está allí, detrás de ellas. A pesar de todo, mi amor permanece a mi lado, sentado sobre la cama del dormitorio. Lo observo a través del recibidor de casa, leyendo una vez y otra los prospectos del medicamento nuevo y la pauta del psiquiatra. Los primeros diez días, veinticinco miligramos. Los siguientes diez días, cincuenta miligramos. Así hasta llegar a los doscientos miligramos de lamotrigina diarios. Me parece que son muchos miligramos y me enfada que mi vida entera quede definida por una unidad de medida tan absurda. Me parece también que las píldoras fácilmente se disolverían en el agua, que resultan inofensivas a los ojos de cualquiera, y me dejo llevar por la idea de mí misma como una víctima inocente de algo planificado por un ser superior. Formulo muchas veces, para mí misma, las preguntas equivocadas: por qué y hasta cuándo.

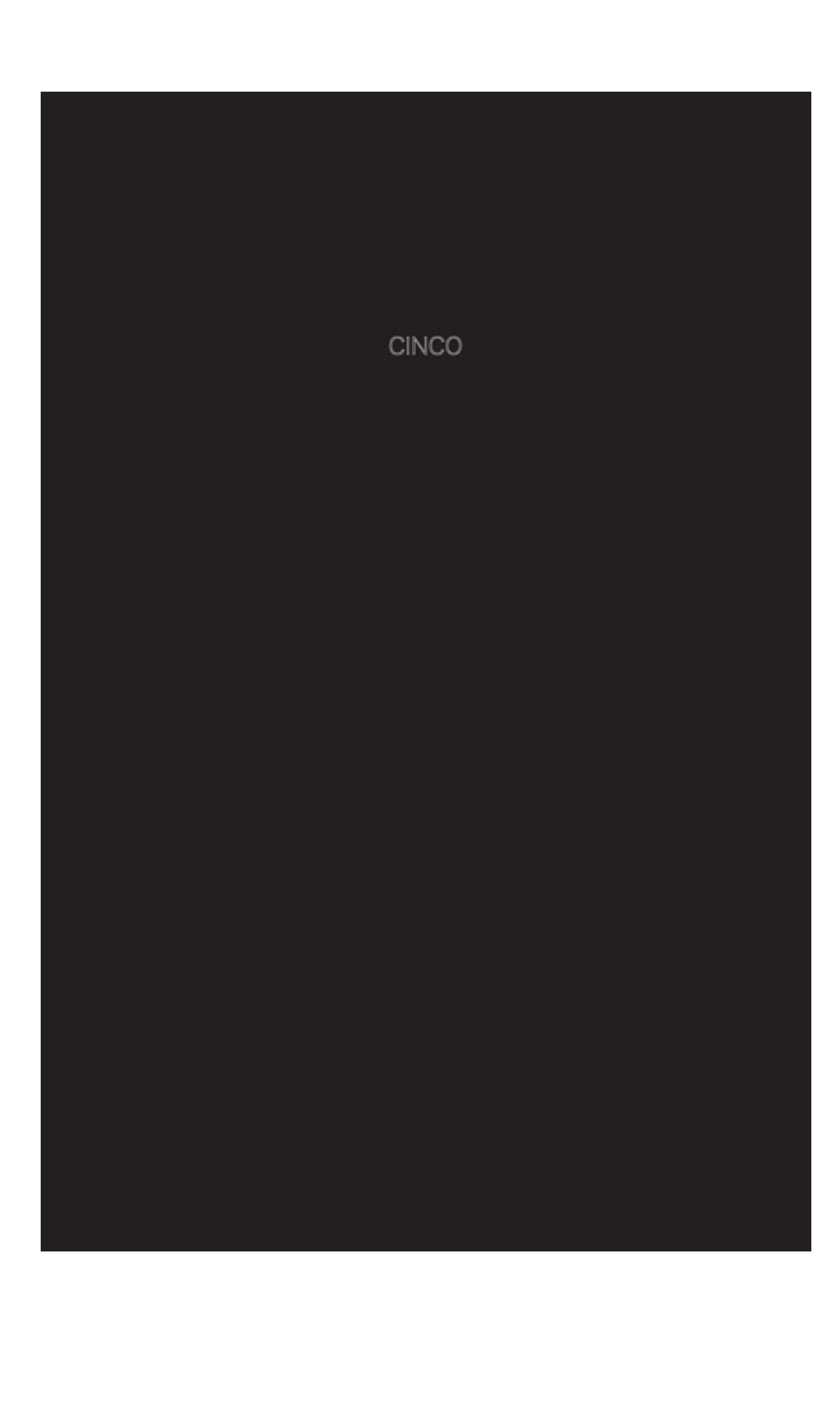
Esa mañana, mamá quiso hacer que me sintiera mejor y por eso preguntó por teléfono qué regalo me gustaría por mi cumpleaños. Creo que hacía bastantes años que no lo preguntaba. De esas cosas suele encargarse papá y a mí me dan igual. Yo solo supe responder que quería una caja bonita para organizar las medicinas que tengo que tomar durante el resto de mi vida. Lo dije de la manera más directa e hiriente posible, con la esperanza de que decirlo fuera también alejar la cólera de esa expectativa de mi interior.

La primera vez que entré en crisis también era diciembre y quise una caja de música con una bailarina que girara al ritmo de la canción de Love Story. Y papá me la trajo. Y era igual que la que yo había pedido. Idéntica. Ahora en mi colección hay cinco cajas de música, ninguna tan especial como la primera, pero todas singulares. En el interior de una de ellas guardo los pequeños cuadernos que utilizo para escribir poesía. Las cajas son importantes para mí porque anticipan eso que algún día habrán de atesorar. Las cajas nacen para guardar objetos sin saber cuáles serán. Las cajas no juzgan *a priori*.

Yo sé que responderle así a mamá me hace daño a mí y a ella también, pero lo digo igualmente, como una manera de repartir la

culpa en palabras aún vacías, tal y como nacen las cajas; en palabras miserables que, igual que las píldoras, son también pequeñas dosis de ruindad curativa, un escondite para vulnerables, tan estúpido e ineficaz como una canción y como la lamotrigina va a resultar ser con el tiempo. Así hago sonar a Joni Mitchell una vez y otra hasta que me decido a presionar el botón que activa el modo de repetición de manera automática.

Es una manera de resignarse, delegar la obsesión en el automatismo, dejar que se repita una vez y otra vez y otra sin posibilidad de error. Aparentemente mi cuerpo carece de automatismos importantes para ser feliz. Aparentemente es importante ser feliz de manera continuada. Pero ni siquiera es eso lo que deseo, ahora solo me apetece repetirme por un circuito infinito. Desearía ser dueña de un río que fuese tan largo como para necesitar enseñar a mis pies a volar sobre él. Eso es lo que quiero por mi cumpleaños.



CINCO

En mi primera infancia, mis padres compran un Seat 127 blanco de segunda mano que mamá apoda Flanagan. Tiene la tapicería roja y gris, con un estampado ligeramente en relieve, y vamos con él a Lisboa. Es mi primer viaje, aunque ya he cruzado varias veces la frontera sin saberlo, dentro del vientre de mi madre. Estoy a punto de cumplir tres años.

Esperamos mucho tiempo en la aduana y le pregunto a papá qué ocurre. No ocurre nada, aleatoriamente revisan los maleteros de algunos coches, sobre todo de los que llevan matrícula extranjera, y debemos entregar unos documentos y aguardar a que los cotejen sin demasiado interés. Sin embargo, el proceso es más lento de lo que me gustaría. Y finalmente sucede. Después del tedio de la espera, cuando ya no imagino que pueda impresionarme, cruzamos. Recuerdo con exactitud la sensación de traspasar una frontera y pasar al otro lado, de experimentar la existencia de un límite donde algo que antes era una cosa pasa a ser otra, y de entenderlo como tal. Eso me maravilla, como le pasa también a Alicia al cruzar el espejo de Carroll.

Atesoro recuerdos extraños de aquel viaje. Veo las nubes desde mi carrito de bebé, los azulejos, la fantasía. Participo de un juego de geometrías que me parece fabuloso y que se mezcla con las luces que entran y salen por la ventana del coche, con la velocidad de los árboles moviéndose al viento, con el tacto abultado de las pequeñas teselas en el suelo, a través de las suelas de mis zapatillas de lona rosas, con el olor a café. Persigo con los ojos las cintas de colores que unen por el cielo los dos lados de la calle en el Santo António lisboeta. Una señora vuelca un cubo de agua de fregar calle abajo y se forma un surco brillante de agua con jabón que termina en una escalera de piedra, como si fuera una anguila de plata.

Vi hace años una entrevista en la que Julio Cortázar cuenta un recuerdo semejante de cuando era niño. Relata cómo le pregunta a su madre, siendo adolescente, por una imagen alucinada de

arquitecturas ondulantes, mosaicos de colores y geometrías impensables, que le dan vueltas en la cabeza. Su madre le explica que es un recuerdo primitivo del parque Güell, en Barcelona, de cuando el niño Julio comenzó a andar. A ella le parece imposible que él sea capaz de recordar el tiempo breve en el que frecuentaron el parque. Yo comprendo bien esa sensación. Mi psiquiatra me cuenta que ella recuerda con exactitud un búcaro con frutas de plástico de colores saturados en casa de su abuela, cuando era muy pequeña. Los primeros recuerdos son las huellas de la fascinación y la mirada del mundo desde una altura que nunca más volveremos a recuperar.

Siendo mucho más pequeño de lo que yo era en aquel viaje a Lisboa, llevo conmigo a mi hijo de apenas un año a París durante la Navidad. Me invitan a unas lecturas de poesía y decido que me acompañe. Ese viaje a París y mi primer viaje a Lisboa se conectan por un conducto imprevisto. Él abre mucho los ojos. Dentro del portabebés en el que lo llevo, con su cabeza apoyada sobre mi pecho, paseamos muchas horas a solas, pegados uno al otro. Permanece absolutamente impasible delante de la belleza de la Torre Eiffel. En cambio, le llaman la atención la blancura, los reflejos del agua, el alumbrado festivo y el recorrido por el Museo de Orsay.

Hace mucho tiempo que deseo hacer un viaje así. Tengo la necesidad de compartir con él el asombro por los paisajes que son cotidianos para otra gente y ajenos para nosotros dos. Siento que es un valle de plenitud en el camino de mi maternidad, que hasta ese momento ha sido duro y confuso, hermoso y apabullante al mismo tiempo. Recuerdo allí el primer embarazo frustrado, el dolor de una pérdida que no esperaba, pero es una emoción que se cruza con el encantamiento que me produce conocer poco a poco el carácter de mi bebé. Pienso que él no estaría aquí conmigo si aquel otro embarazo hubiese seguido su curso. Pienso que sería otro o que sería otra, y me inquietan esas posibilidades.

A veces imagino esos otros. Ahora no tanto, pero por aquel entonces aún me ocurría con relativa frecuencia. Comienza allí a forjarse la idea de escribir este libro, como una necesidad de revelarle a mi hijo quién soy yo ahora mismo, de hablar a una pequeña semilla que está dentro de mi cuerpo y que aún no es, pero

va a ser. Las semillas crecen de formas extrañas. Antes de que puedan apreciarse a simple vista en una ecografía, sus raíces y sus ramificaciones invisibles ya ocupan un espacio en el resto de la vida y en todo el pasado.

La expectativa de un hijo por llegar crea una relación vertical, un eje de abajo arriba, o de arriba abajo. Por eso su pérdida produce una caída. La primera película que vi en el cine, o al menos la primera que dejó en mí algo parecido a una huella, era una reposición de Bambi, así que he cobijado desde entonces algunas ideas sobre la pérdida vinculadas sobre todo a la pérdida de la madre, nunca a la pérdida del hijo. En aquel tiempo es cuando comienzo a tocar el piano. No es que me interese realmente ejecutar a la perfección las piezas que me proponen en la escuela de música, pero la posibilidad de hacer música se convierte en una necesidad íntima que aún ahora surge con fuerza en esas tardes solitarias en las que no consigo escribir. Paso muchas horas delante del piano y allí soy capaz de pensar. Por eso practico cada vez más tiempo.

Le cuento a Natalia que estoy embarazada unos días antes de que ella se marche a trabajar a Brasil, donde su padre es médico en un hospital privado de la capital. Es verano y ella lleva un pantalón corto de gasa con flores azules. Yo me fijo en que tiene las piernas largas. Pareces una garota de Ipanema, le digo. Nunca sabré si allí le esperaba un trabajo más precario de lo que quiso confesarme (Natalia no se quejaba nunca) o una soledad menos soportable de lo que me contaba. Siento que mis amigos se marchan al exilio. Los aeropuertos que se los llevan lejos son todos iguales. Y los apartamentos provisionales y las ciudades en las que estamos sin querer estar en ellas también son todas iguales, como un monstruo de dos cabezas que sonríe cuando estamos de paso y aúlla cuando no tenemos ningún lugar concreto al que volver.

No era bonita, Natalia, al menos no en un sentido ortodoxo. Desde niña, algo en su manera de mirar parecía anticipar un susto próximo, una sospecha. Y ella nunca tuvo paciencia para la inminencia. No como yo. Yo siempre espero algo, sea lo que sea, con más empeño que resignación. Permanezco siempre alerta, preparándome para un combate que aún no sé si voy a tener que librar o no. Tampoco yo soy bonita, pero tengo los ojos grandes y parezco siempre extraviada en un lugar donde no quiero estar. Esa

fragilidad, esa aparente indefensión, es mi fortaleza.

Cuando caímos derribadas por última vez, pensé que era yo quien sostenía a Natalia entre los brazos. Yo quien la cuidaba. En realidad fue ella la que siempre cuidó de mí. Me pregunto si sabía cuánto necesitaba, para mantenerme en pie, tener que ocuparme de cada una de sus fisuras en los huesos y en el tejido de la vida en el que estábamos ligadas. Me pregunto si sospechaba de mi destino de remendar y desremendar, de mi vocación para la costura. Me pregunto también si, cuando se cortaron los hilos con los que me empeñé tantas veces en sujetarla a mí, ella sabía que esos hilos habrían de ahorcarme también, como si se tratase de una cuerda en la que me hubiera ido atando sin remilgos, a mi ritmo siempre pausado.

Cuando éramos pequeñas, le gustaban los rompecabezas. A mí no, pero después resultó que algo en mi propia cabeza dejó de funcionar como debería y eso rompió mi mundo en cientos de astillas de madera que nunca supe juntar demasiado bien, porque no aprendí a hacerlo cuando me tocaba. He admirado siempre la capacidad que exige el juego, la constancia de no claudicar, la infinita paciencia y la elaboración de un método propio que se altera y se replantea, calmadamente, a medida que avanza el proceso. Esas eran las cosas que ella sabía hacer: si yo era capaz de improvisar remiendos impensables sobre la más irregular de las fracturas, me descubría, en cambio, incapaz de recolectar fragmentos que cimentaran de nuevo los edificios derruidos. Natalia se extraviaba en la adrenalina y en el derrumbamiento inmediato, yo en la planificación ordenada de cada reconstrucción.

Cuando soy sistemática, y a veces me parece que lo soy, no estoy siendo en realidad sistemática, sino obsesiva. Necesito confiar en un plan desde el comienzo del proceso y hasta el final, pese a que me percate de lo absurdo de mi propio método por el camino. Nunca importa, el empeño vence siempre al pragmatismo y he aprendido que, al fin y al cabo, tengo más de neurótica que de tenaz. Así es como escribo novelas, con la lógica de la neurosis en mi mano.

Hacer un rompecabezas implica la composición de una imagen que ya se conoce, aunque sea en un trozo de papel pequeñito, y que no esconde, por tanto, ningún misterio para quien la compone, como sí ocurre al leer o al escribir una novela. Hacer un

rompecabezas supone reunir la paciencia suficiente para entregarse a una empresa por la que no se espera recibir nada a cambio. Hay personas capaces de esa entrega y otras que van coleccionando piezas sueltas, rompiendo esquinas o limando bordes.

Yo soy una de las últimas y Natalia es de las primeras, por eso tantas veces logró recolectar todos los escombros que iban quedando de mí en una caja de cartón y recomponerlos poco a poco sobre una mesa. Comenzando despacio, por las esquinas, después por las piezas que llevan colores parecidos: las del cielo, las de la tierra, las del césped. Después haciendo montones con las que, sin saber cómo, encajan sin más en grupos pequeños que aún no sabemos dónde ubicar.

El amor se parece a un rompecabezas. También la amistad. Lo construimos poco a poco, con paciencia, por el placer de formarlo. Es indiferente que la imagen que resulte del proceso no nos guste demasiado, o que solo nos guste en parte. La decisión de construir es lo que importa.

Mi amiga Natalia se carteaba con niñas que no conocía cuando íbamos a la escuela. Estaba de moda aquella palabra: cartearse. En cada una de esas revistas para niñas que casi eran adolescentes había una página de anuncios de «quiero cartearme con amigas de todas partes». Se decían todo tipo de cosas absurdas en aquellas cartas. Se contaban por ejemplo cuál era la comida favorita de cada una, el número de hermanos con los que vivían y lo mal que se les daban las matemáticas. Yo leí algunas de las suyas. Nunca ocupaban más de una hoja y todas sin excepción terminaban con una súplica de respuesta. Por favor, espero que contestes, yo pienso contestar siempre. Pero nunca lo hacía.

Natalia coleccionaba aquellos contactos postales igual que coleccionó más tarde todo tipo de objetos. Después los utilizaba como adornos para la conversación diaria. Si, por ejemplo, estudiábamos las capitales de las comunidades autónomas, ella decía: tengo una amiga por carta que vive en Santa Cruz de Tenerife y tiene un hámster que se llama Chispa. Natalia coleccionaba.

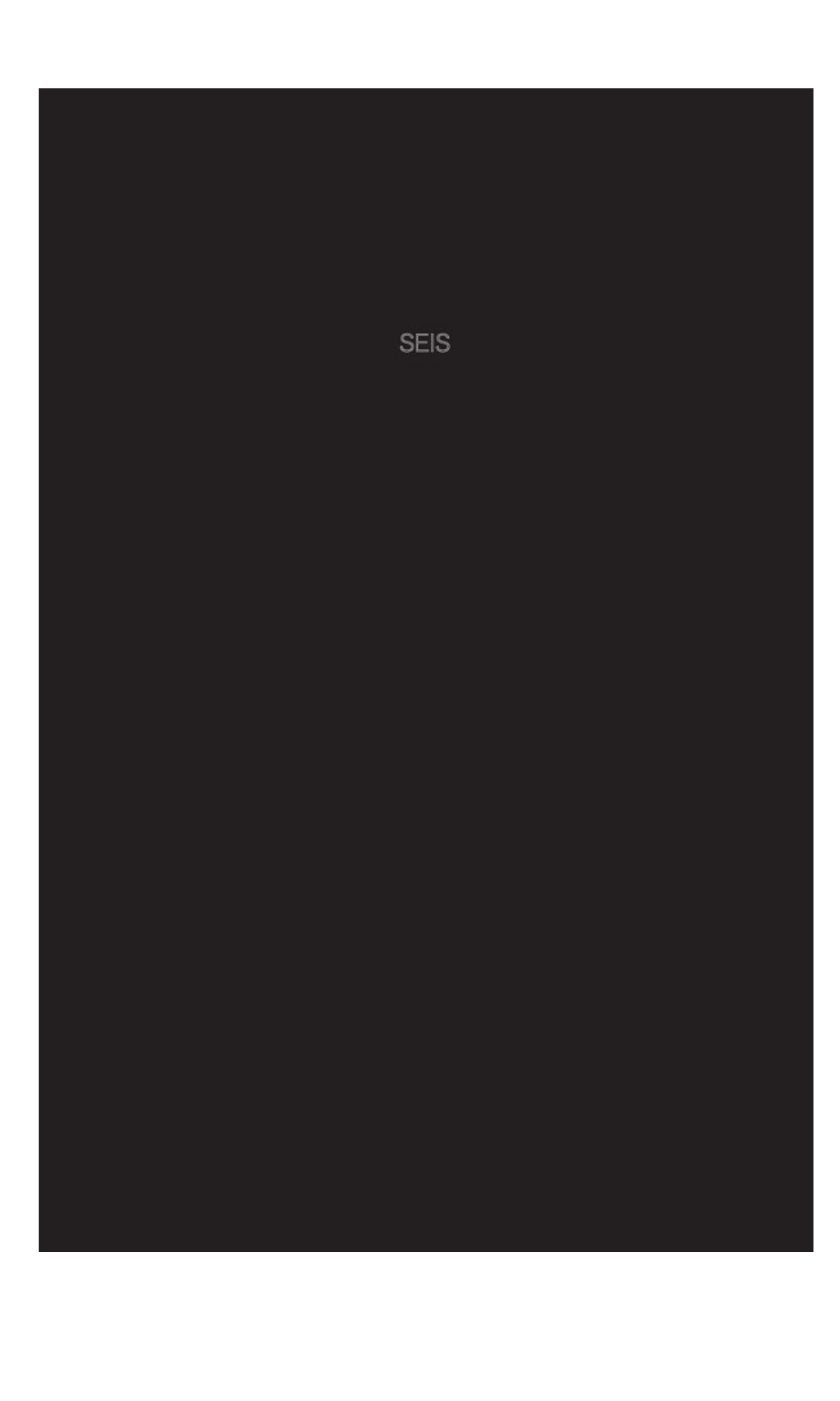
Guardaba en una carpeta un lote de hojas de papel de carta perfumado, con dibujos en colores pastel, les llamábamos «hojitas». Tenía papel de carta y papel de notas y también papel sin ninguna

utilidad concreta, pero todo él con aroma a lavanda o a rosas, y motivos de flores, o de niños que recogían flores en un cesto, o de mujeres atravesando en bicicleta un campo de flores. Y todo tipo de animalitos con lazadas en el cuello, sonrientes. En rigor, todas teníamos una carpeta así. Era el equivalente a los cromos de fútbol de ellos. Cuanta más variedad de formas y tamaños, cuanto mayor la cantidad de papel, cuanto más sofisticado el sistema de clasificación, mayor rango adquirías en esa organización cuartelaria que es el patio de recreo.

Aquel papel de colección había que tocarlo siempre con las manos limpias, o no tocarlo. Debía permanecer inmaculado. Mi madre me compró una libreta con papel pautado y perfume indeterminado a naranja o limón. Realmente era hermosa. Decía «Alice in wonderland» en la cubierta y en cada esquina inferior izquierda de las páginas interiores había un detalle de los dibujos originales de sir John Tenniel para la primera edición del libro de Carroll. Si agarrabas la libreta por detrás con la mano abierta, y hacías pasar las páginas rápido rápido dejando resbalar bajo el dedo pulgar las hojas, no ocurría ninguna ilusión de movimiento, como yo deseaba. Lo intentaba con frecuencia, pero cada dibujo era distinto y sin solución de continuidad nada parece moverse.

Es posible que venga de ahí mi fascinación por el papel en el que no se puede o no se debe escribir aunque parezca expresamente concebido para ello. Creo que tengo medio centenar de cuadernos así, intocables. Algunos son regalos, otros los he comprado yo. De cada ciudad que visito traigo conmigo un cuaderno. Los coloco en lugares estratégicos de la librería donde guardo revueltas las novelas, algunos diccionarios y alguna poesía de cristal. De manera indiscriminada. No hay ningún orden. Ningún orden sofisticado.

Natalia nació en verano, en el tiempo de ver caer las manzanas, en esos días en los que mi abuela hacía tarros de compota y conservas caseras. No tiene hermanos. Excepto yo, dice. Sus padres se separan cuando ella es una niña y su padre se marcha de casa para vivir al otro lado del Atlántico. Convive con su madre hasta terminar la carrera y, luego, su madre también se marcha. Y Natalia se acostumbra a todo eso. Muy temprano se acostumbra a viajar y a despedirse, a recomponer rompecabezas. O eso creo.


SEIS

Antes de la cita médica, el día del diagnóstico, compro una libreta azul y un bolígrafo en una papelería que está de camino al hospital. Escribo en ella que hubo un tiempo en el que medía el peso de mi cuerpo en miligramos, y que los jardines de los hospitales esconden algo que no se ve y de lo que nadie habla. Escribo también que he contado las baldosas de aquel lugar una por una, semana tras semana, en cada visita, y siempre eran treinta y seis. Y que lo hago porque estoy viviendo en un tiempo en el que necesito poseer para mí alguna certeza, permanecer abrigada un segundo, aunque sea solo en las matemáticas, para saber quién soy yo en cada día de invierno. Sobre todo en los días en los que no puedo hacer literatura, que son los días en los que más escribo.

Hay un pasillo largo y ventanas blancas divididas en cuadrados que proyectan sombras leves sobre el enlosado del suelo. A ambos lados del pasillo se distribuyen las consultas de los médicos. La de mi psiquiatra está al fondo. Es el primer doctor que visito de una lista más larga de lo que me gustaría reconocer. Siempre pospone mucho la hora de la consulta y eso resulta desastroso para mí entonces. Me provoca una ansiedad innecesaria. No sé aún qué es lo que me ocurre y desconfío del médico que me atiende. Dudo que sea capaz de dar con un diagnóstico, pero el caso es que acaba por hacerlo y cuando le pone nombre a lo que me pasa asume una suficiencia desconcertante, como si el nombre que le damos a las cosas que determinan quién somos o cómo actuamos en el mundo no fuera un punto de partida, sino un destino ineludible.

Mamá no cree que lo que a mí me sucede tenga nada que ver con lo que le ocurre a tío Carlos, el único que recibe tratamiento de loco en la familia, ni tampoco con lo que le ocurre a la abuela, que sigue acudiendo regularmente al dermatólogo. Lo cierto es que mis síntomas son solamente semejantes a los suyos si los miras de lejos y con los ojos entornados. Pero recibo el mismo diagnóstico. No importa cuál. Estoy sola en la habitación y recuerdo que el médico

lleva una bata con una mancha de bolígrafo negro en el fondo del bolsillo frontal. Recuerdo también que trata de animarme con respeto a la dolencia. Es una forma leve, asegura. Yo rebato punto por punto sus argumentos, aludiendo a mis fortalezas, que son dudosas. Me hace algunas recomendaciones y me asigna una pauta de medicación. No tomes café. Practica deporte. Establece una rutina. Duerme cada día ocho horas.

Me niego a hacer deporte y a tomar la medicación que necesito. Acabo de terminar la carrera, peso apenas cincuenta kilos, y creo que estoy saliendo por mí misma de una crisis depresiva que ha sido más fuerte que las anteriores que recuerdo. El camarero de la cafetería de la facultad me prepara cada mañana, sin que yo se lo diga, un café solo, doble y sin azúcar. Y otro a las diez. Y otro a las doce. No me siento peor que otras veces, así que desarrollo una relación ambivalente con toda la parafernalia médica. Por una parte reniego de la posibilidad de mirar la enfermedad desde un punto de vista bohemio o romántico y adopto una perspectiva de la psiquiatría como una ciencia puramente farmacológica, exacta y necesaria. Por otra, yo no me considero enferma. Yo puedo sola.

En una ocasión converso con una amiga que hace mucho tiempo que no veo, médica de familia, que me habla con afecto y algo de lástima del poco valor que se concede en la sociedad a las enfermedades del alma. El uso de esa palabra absurda me enfada: el alma. Ni yo ni tío Carlos tenemos alma. Todo se reduce, para mí, al hecho de que los neurotransmisores son falibles. No contemplo la posibilidad de que más variables incidan ni de que haya que pasear por el misticismo para explicar la conducta. También me abruma que sea compasiva. Aceptar la compasión es reconocer mi debilidad, y aún no estoy preparada para eso.

Comienzo a aceptar el tratamiento cuando llega la siguiente crisis de la que soy consciente: el vacío, el gallo negro, la ciudad que aúlla. No es nada original. La mayoría de los pacientes procuran la atención médica cuando eso ocurre, y a veces la abandonan cuando se encuentran mejor, negando la necesidad de consumir fármacos durante toda la vida y la existencia de una enfermedad crónica. La abuela Úrsula hizo eso siempre. Yo he decidido no hacerlo. No creo que el mío sea un proceso racional de aceptación de mí misma, sino apenas de supervivencia.

Cuando decido tratarme de manera responsable (y creo que no hay forma más imprecisa de decirlo que esta) emprendo la búsqueda de un médico en el que poder confiar. Se convierte en un proceso largo y tedioso, en el que me veo obligada a contar demasiado de mí a distintas personas de las que no sé nada, hasta dar con quien me ayude, en un desfile de rostros ante los que me muestro desnuda una vez y otra. Supongo que así es cómo comienza a construirse el relato de la enferma, y a veces es un relato desesperado que se repite con palabras idénticas, y una aprende a esperar las mismas preguntas y a responderlas exactamente igual, procurando ayuda para lo que es urgente, omitiendo lo que me abochorna o lo que no quiero relatar de nuevo. Durante mucho tiempo ignoré que el tratamiento no es la puerta de salida de la enfermedad, sino solamente la elección de afrontarla.

Me encuentro mejor y soy capaz de escribir y de llevar una vida casi normal, así que olvido poco a poco lo que me pasa y termino una novela y algunos libros de poemas. Tengo éxito. Me enamoro. Me enfrento a los problemas normales casi como la gente normal. Y sin embargo nunca es definitivo ni suficiente. La última embestida llega sin avisar. Mi psiquiatra hace algunas modificaciones en mi medicación para eliminar los fármacos que podrían afectar más negativamente al bebé, que es aún una pequeña semilla. Evaluación de riesgo-beneficio, dice. Me siento bien, pero me cuesta concentrarme para escribir en mi rutina habitual. No duermo bien y nunca se lo digo.

Tengo ahora mismo dos imágenes delante de mí en la pantalla del ordenador. Una es de mi hijo metiendo la cabeza entre los balaústres de piedra de un balcón desde el que observa la ciudad. Mientras le sacaba esa foto, mirando el mundo entero desde la altura, sentí que era transportada de pronto en el tiempo a una tarde de agosto de hace años. Subida en un *vaporetto* veneciano, fotografié el cartel de una exposición temporal: «Le monde vous appartient», decía. En las dos fotos los mismos arcos, el ánimo por descubrir la belleza, el reflejo devuelto de una misma. El espacio-tiempo podría ser una tela extendida sobre la mesa de la cocina, un plano en el que parece que un punto, un acontecimiento, no puede confluir con otro que hubiera sido configurado en otro lugar, en otro momento. Sin embargo, el espacio-tiempo es una tela que se

dobla a la mitad si una quiere y puede ser súbitamente atravesada por una aguja que conecte dos sucesos como si fueran la misma cosa. El mundo es nuestro. El mundo nos pertenece. Aquí las dos fotos, juntas.

La tarde del diagnóstico se conecta también con otra tarde muy posterior a través del salvoconducto de la memoria. Vuelvo a estar en otro hospital, en una sala de espera. Hace apenas cinco días supe que llevaba un niño en mi vientre del tamaño de una semilla de amapola. Lo supe a través de la línea colorada de un test de farmacia. Fueron horas de felicidad intensa y de extrañas expectativas que terminan con un dolor agudo en el abdomen.

Al final del día, un celador me conduce en una silla de ruedas por los pasillos poco iluminados del hospital. Sé que es un celador porque va vestido de azul y lo primero que hago en lugares como este (hospitales, edificios administrativos, museos) es tratar de aprender los códigos externos de organización. Quiero caminar hasta la habitación que me han asignado, pero no me lo permite. Me dice que es su trabajo cuidar de mí porque a lo mejor piensa que quiero caminar como una deferencia hacia él, pero no es así. Quiero caminar porque puedo. Porque yo puedo sola.

Los médicos que no llevan bata blanca visten un pijama verde de quirófano de dos piezas, los enfermeros llevan pijama amarillo, los auxiliares naranja, los celadores azul. Las habitaciones se numeran por su distancia al control de enfermería. Las camas de los enfermos, dentro de las habitaciones, se numeran por su distancia a la puerta de entrada. Yo soy la enferma número uno de la habitación trescientos veinticinco, lo que quiere decir que estoy en el tercer piso y lejos del control de enfermería. También quiere decir que no tengo acceso a la ventana de la habitación.

Estoy aquí porque algo no va bien. Me lo han dicho así, como se informa de otra cosa banal, de forma respetuosa y aséptica. La distancia profesional es una barrera de intimidad que agradezco en cualquier circunstancia. La distancia profesional me permite actuar como si quien me hablara no fuera un humano. Luego, yo tampoco soy una humana ni tengo que comportarme como tal. Nadie espera de mí, siendo no humana, una manifestación de dolor o de tristeza por lo que está a punto de sucedernos a mí y a mi semilla. Como nadie espera nada, actúo como si ni siquiera estuviera aquí.

No se escucha el latido de la semilla, no se ve la semilla donde debería estar. No están seguros porque es una forma leve, de nuevo una forma leve, cerca del ovario izquierdo. Piensan que. Sospechan que. Probablemente será necesario que. Escucho llorar a un niño en otro cuarto próximo porque este es el lugar a donde llegan las madres para parir a sus hijos. Pero mi semilla no va a nacer. Cuando llegué aquí, le pedí a la semilla en voz baja que se quedara conmigo, sin embargo ella renunció desde el primer momento, tuvo miedo de seguir su rumbo y se extravió dentro de mí. No se lo reprocho, a veces da miedo seguir el rumbo previsto.

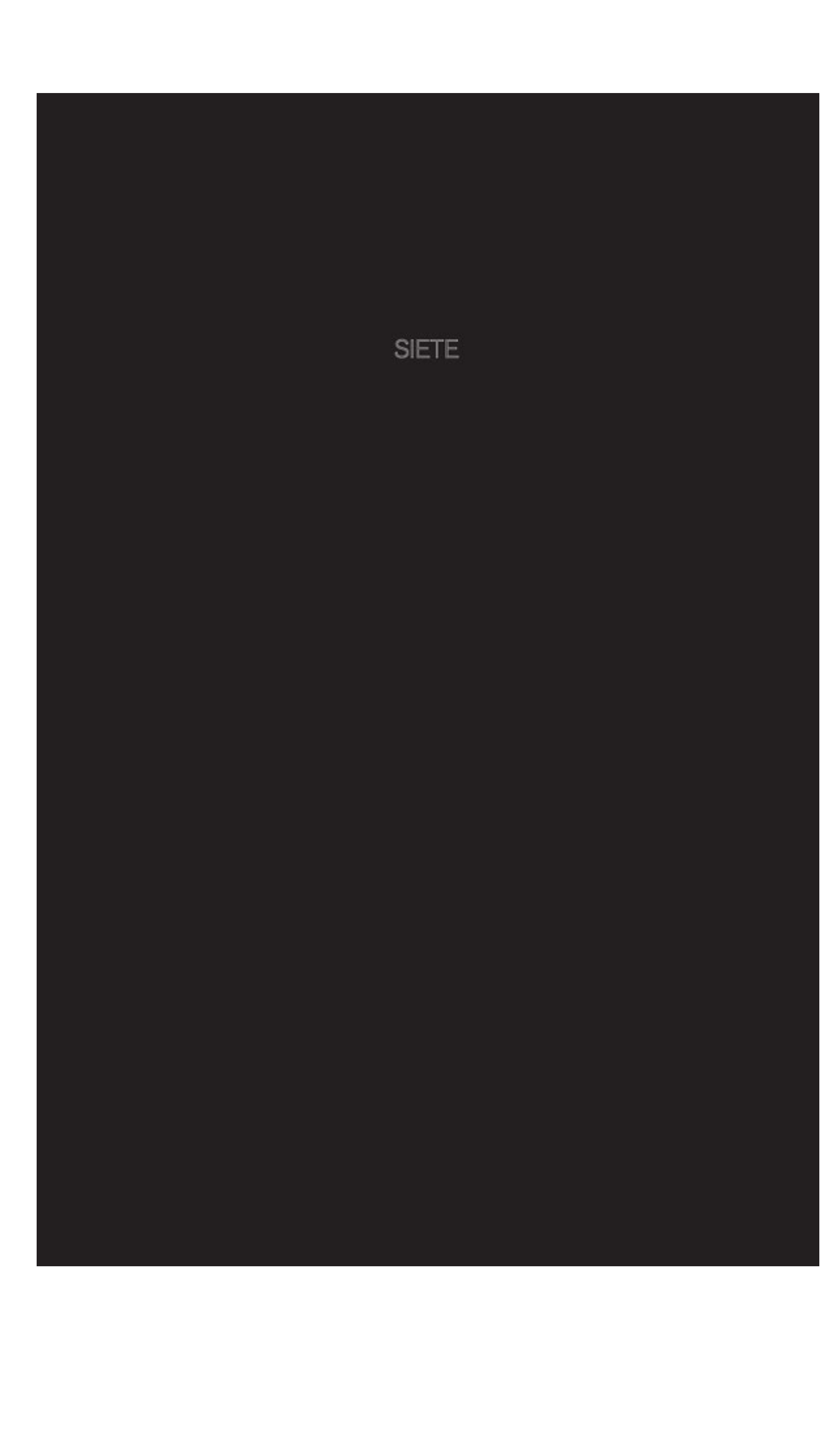
Crece en el lugar equivocado, cerca de uno de los ovarios, sospechan. Escucho por primera vez esa palabra rara: ectópico. Mi semilla es tan pequeña que aún no se ve con claridad. Intuyen que es eso minúsculo que aparece ahí. Dentro de media hora llegará un cirujano joven de pijama verde y gafas metálicas para decirme que mi semilla podría matarme si sigue creciendo donde no debe y que por eso tienen que llevarme al quirófano en medio de la noche. Ofrece los datos transparentes de la estadística y explica el procedimiento a seguir: ocurre un dos por ciento de las veces.

Los tantos por ciento alimentan tres futuras cicatrices alrededor de mi ombligo. Mi cuerpo ha sido durante cinco días el ataúd de un hijo imaginado. Mi cuerpo ha sido las últimas seis semanas el cobijo de una semilla de amapola que no va a nacer. Yo lo sé mucho antes de que llegue el doctor y me despido en silencio de ella. Sin dramatismos le digo adiós. Adiós, niño semilla de amapola. Te habría querido hasta que me doliera el amor dentro del pecho.

Hay dos sucesos más que se conectan a través de los túneles del tiempo. Uno corresponde con el comienzo de la primera de mis crisis. Estoy desnuda en la bañera del cuarto de baño de la casa de la abuela Úrsula, un año antes de su muerte, y ella me baña como si fuera una niña, con una esponja de rizo. Yo, sentada, me llevo a mano a la nariz, y veo como gotea la sangre de dentro afuera. Me ocurre algunas veces cuando se mezclan el calor y la ansiedad. Las gotas de sangre colorean el agua que se apresura hacia el desagüe. El agua se vuelve rosada como un anochecer.

Ocurre lo mismo en el hospital, algunas horas después de la operación, cuando me permiten levantarme y darme una ducha por mí misma. Veo la sangre resbalando por mis piernas hasta llegar a

la porcelana blanca y mezclarse con el agua y el jabón. Luego echo de menos a la abuela Úrsula y a sus manos pasando la esponja por mi cuerpo. Por primera vez me siento capaz de querer a mi abuela. Y la necesito. El amor, cuando es de verdad, tiene siempre formas extrañas.


SIETE

He decidido que todos los objetos necesitan de una frontera que los separe de los demás. Sobre todo los espejos. El del cuarto de baño del hospital es un rectángulo de cristal sin marco, que termina en un biselado translúcido. Todas las cosas, sean del tipo que sean, necesitan algo que las guarde, que delimite lo que son, que las contenga.

Recorro con el dedo el espejo que tengo delante de mí hasta su borde, consciente de que es un objeto engañoso, como tantos. El cristal deja allí de ser espejo, sin más. Frente a él, retiro los apósitos que la enfermera había colocado sobre las cicatrices media hora antes. Las observo sin miedo. Estas tres cicatrices son, al menos, un límite de algo, una muralla en construcción que separa lo que queda dentro de mí del mundo de fuera. Son la frontera entre una vida y otra diferente. Debajo de la cicatriz izquierda, en la parte baja del abdomen, admiro mi sexo. Lo hago para mí misma, sin pensar en nadie más. Lo exploro con el dedo como si fuera una niña.

Me quito el camisón de cintas y me visto con el pantalón vaquero y el jersey azul que me han traído para salir del hospital, firmo los formularios del alta médica y me siento de nuevo en la silla de ruedas protocolaria. Después dejo que me lleven en ella por los corredores de tres pisos, por los tres kilómetros que me separan de mi casa, y por tres días de cuidados y atenciones entre la cama y el sofá. Atiendo las visitas de cortesía, pruebo un bombón de chocolate de cada caja, admiro las flores y agradezco la gentileza de los que me quieren.

Recorro todo ese tránsito alucinada, como si fuera un sueño. En la cuarta mañana, después de no dormir apenas nada, veo por fin el sol recién salido a través de las rendijas de la persiana. Entonces me levanto de la cama, compruebo mi estado de fuerzas con un par de saltos por la habitación, sin preocuparme de no despertar a mi amor, porque se ha marchado ya al trabajo, y salgo de allí con una mochila pequeña en el hombro, dejando atrás las cenizas, el amor,

el pasado y la casa, presa del optimismo inopinado de quien va a comenzar una vida nueva y excitante. Tengo la certeza de que sucederá así, como si la certeza no fuera una idea, sino un objeto que llevo conmigo, una fruta madura que, al apretarla, se rompe y derrama su zumo pringoso en la palma de mi mano.

Enciendo el coche como quien gira el picaporte de una puerta que lleva a otra dimensión, conduzco por la ciudad hasta la salida sur y, durante horas, no hago nada más que dejar pasar las carreteras secundarias por debajo de mí, siempre en la misma dirección, hasta cruzar la frontera con Portugal. Un kilómetro más tarde tengo una ocurrencia sensacional y me detengo por primera vez. Coloco sobre el asfalto tres cajas de medicamentos: la lamotrigina primero, después las benzodiacepinas y los inductores del sueño y, por último, los antipsicóticos, en una fila perfecta. Finalmente, deposito el teléfono móvil inaugurando la comitiva. Vuelvo a subir al coche y paso por encima con la intención de aplastar cada uno de esos objetos contra la carretera. Los abandono allí y me voy. O me dejo ir.

Apenas acabo de cruzar la frontera y se me ocurre que debo llamar por teléfono a mi padre y hablarle de los azulejos y de las aduanas. Me cuesta encontrar alguno. Ya no quedan cabinas telefónicas en ninguna parte. Mantengo con él una conversación inconexa desde una gasolinera, pero la segunda moneda se queda atascada en la hendidura y la llamada se corta. Luego recuerdo los veranos en la casa de la playa de mis abuelos y decido que debo ir allí en la búsqueda de esa luz exacta, tan azul. Me gusta conducir. La memoria de mi día, y la de los días posteriores, es como una película rodada en 35 mm en la que alguien hubiese jugado a recortar fragmentos de celuloide, enganchando unos con otros de forma cronológicamente ordenada pero con elipses evidentes.

Respiro muchas veces. La espiral de la huida termina con mi primer ingreso en una unidad de psiquiatría. No relaciono el lugar con el espacio donde visitaba a tío Carlos durante mi niñez, pese a que es el mismo hospital. Pero nunca es como lo imaginas. Los médicos tienen, por lo general, la costumbre de intentar convencerme de que hay pacientes mucho más graves que yo, no entiendo muy bien con qué propósito. Teniendo en cuenta mi diagnóstico, el primer ingreso se ha demorado mucho, explican. No

parece alentador.

Tardo algún tiempo en sentirme abrumada por no poder salir del hospital. El ritmo de la unidad es parsimonioso, con muchos espacios de absoluto vacío, donde el tiempo hace un agujero en el estómago en el que enterrar la vida exterior para olvidarla, al menos puntualmente. La puerta del pasillo está cerrada con llave. También las ventanas. Hay una pequeña sala de estar y un comedor donde me siento a escribir, a lápiz, sobre un cuaderno, en cuanto comienzo a recuperar la calma. En mi tercer día allí, ingresa una mujer que ha tratado de matarse la noche anterior con una sobredosis de medicamentos. La auxiliar de enfermería que le muestra la habitación la advierte de que al ducharse se forman charcos por todo el suelo. Ten cuidado, no sea que resbales y te mates, dice. Las dos nos miramos y, por primera vez, ella sonríe y yo también.

No están permitidos los ordenadores portátiles, los teléfonos móviles, vestir ropa propia, poseer demasiados objetos personales. No me molestan las normas, de hecho me amparan. Me levanto a las ocho. Me ducho y me pongo un pijama del hospital. Hago mi cama. Desayuno en el comedor con el resto de pacientes y tomo la medicación que tengo pautada. La depositan en un pequeño vasito de plástico junto a la comida y comprueban, discretamente, que la tomo. Algunas enfermeras son especialmente cuidadosas e intentan preservar cada resquicio de dignidad tratando de evitar que me entere del control que deben ejercer sobre mí. Escribo o leo hasta la hora de comer. En ese tiempo, la mayor parte de los días me visita la psiquiatra que me trata. Desde el almuerzo hasta la merienda, cuento los minutos. Después los vuelvo a contar desde la merienda a la cena.

Al principio del ingreso solo quiero que llegue la noche para tomar las píldoras que inducen el sueño y dormir. Sin embargo, a partir del cuarto día siento un deseo poderoso de compartir con los demás las eventualidades más absurdas. Tengo necesidad del otro y miedo del otro. Reconozco en mí misma un recelo atávico hacia el resto de enfermos mentales. A lo mejor, pienso, es el mismo miedo que en mi vida diaria otros podrían sentir con respecto a mí si conocieran de verdad lo que me ocurre. Justifico mis miedos ante mí misma con todo tipo de argumentos ridículos: temo a los

esquizofrénicos o a las personas con trastornos de personalidad porque son imprevisibles. Yo, me convenzo, no formo parte de ese grupo, el mío es un trastorno del estado anímico, no soy igual a ellos.

Pero lo cierto es que conozco dentro del hospital a personas que podría conocer en cualquier otra situación. Personas que son, por lo general, mucho menos temibles que las que están fuera: una madre de familia, una estudiante de posgrado en ciencias políticas, un florista, un joven que prepara oposiciones para ser cartero. Le enseño solfeo a una mujer que entra y sale de sí misma varias veces al día y que hace conjeturas sobre casi todo lo que ocurre, sea banal o sorprendente. Algunas veces escucho gritos por la noche y algunas otras me entero de que los celadores inmovilizan a un paciente en la cama con correas.

Mi otra compañera de cuarto tiene un neceser de aseo formado por pequeñas teselas. Me veo fragmentada en los espejos de plástico diminutos que componen la tapa y me pregunto si mi identidad es también una suma de fragmentos, si todas las identidades lo son y, si fuera así, si existe un espejo idóneo en el que debería mirarme para que me devuelva una imagen de mí misma que me resulte más fácil aceptar que la que yo tengo dentro, por detrás de los ojos.

Ella tiene un trastorno alimentario severo. Es la tercera vez que la ingresan, en esta ocasión por voluntad propia. Es ingeniera. Ha vivido en Brasil y hablamos de Natalia. Me cuenta muchas cosas de su novio, de su motocicleta y de su lavadora multifunción. Me explica que le gustaría hacer punto, pero que las agujas de punto no están permitidas. Es agradable, un poco temeraria, un poco ingenua. Dice continuamente que no le importaría estar en el hospital si pudiera hacer punto, que son como unas vacaciones de todo.

Me sugestiono con el relato del hombre del cuarto de al lado sobre los ángulos de las cámaras de vigilancia en los pasillos y las sombras nocturnas. Está convencido de que mi compañera de cuarto, la suicida, forma parte del grupo de médicos, en una especie de juego de espías e infiltrados. Establece una línea de separación radical entre ellos, los médicos, y nosotros. Dice que él sabe cómo comportarse, que él debe aparentar normalidad, aparentar estar bien para que lo dejen marcharse. El juego de apariencias del

mundo de fuera continúa para él dentro del hospital, que es el único lugar donde yo soy capaz de romperlo sin transiciones. Por momentos me pregunto si será capaz de engañar al médico que lo trata. Estoy segura, sin embargo, de que no sería capaz de convencer a la psiquiatra que me trata a mí.

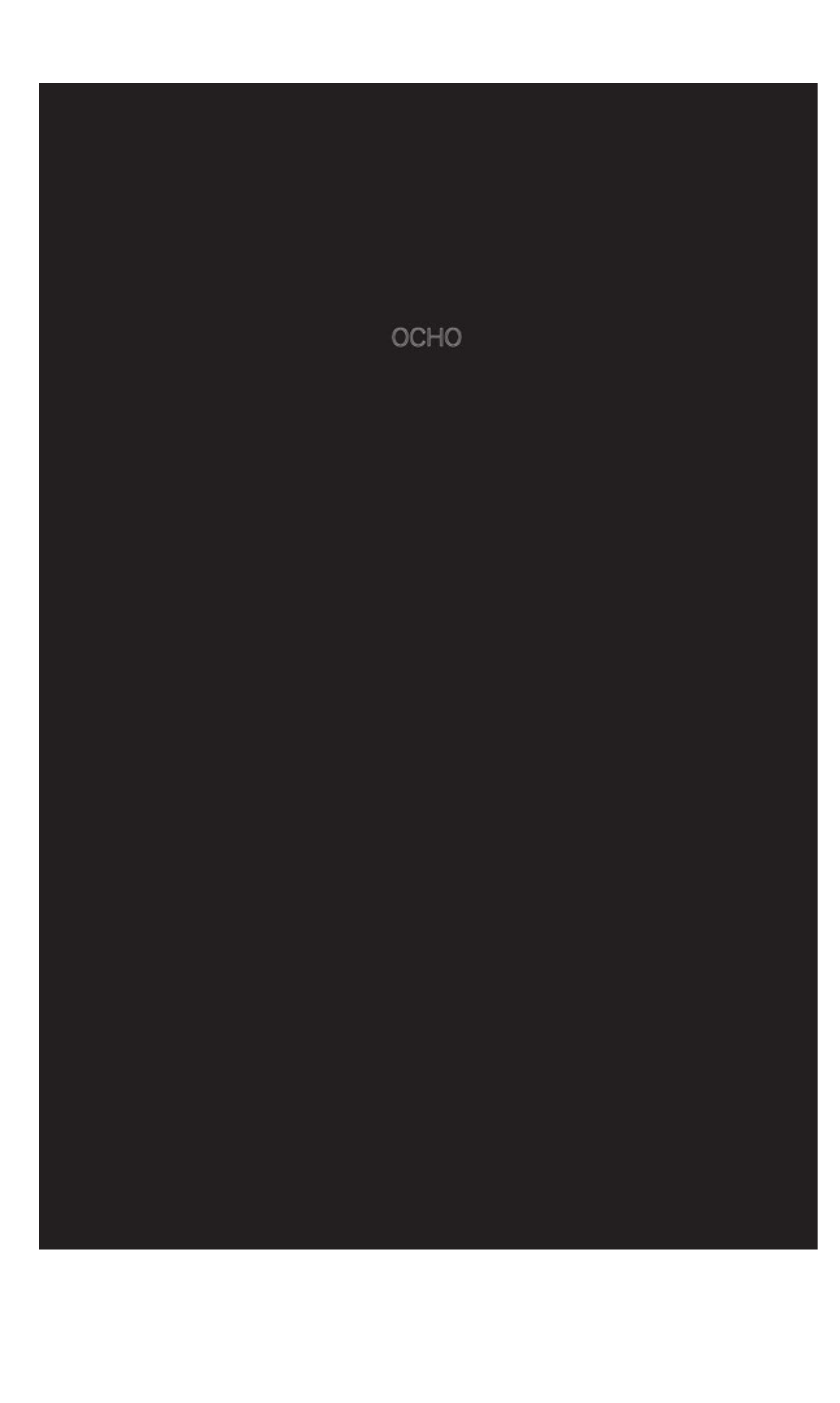
Durante el fin de semana tengo fiebre. Los pacientes más estables reciben un permiso de su psiquiatra para pasar esos dos días en su domicilio con su familia. Yo aún no. En la sala de estar hago acopio de varios meses de suplementos dominicales de los periódicos. Leo las entrevistas y los reportajes como si necesitase una conexión con el mundo exterior, el real, ese del que vengo. Con los dedos rompo fragmentos de papel: fotografías e ilustraciones que me gustan, objetos hermosos, lugares, un retrato de Joni Mitchell, animales, palabras. Deseo poseer cosas personales, desparramo mis recortes sobre la página del cuaderno en el que escribo e imagino paisajes surrealistas.

Permanezco ingresada durante doce días, y los fragmentos de la enfermedad de mi tío Carlos se aparecen delante de mí como los recortes de revista, como una polvareda que me rodea y se agita si me muevo un poco. Es difícil hacerlos encajar en un marco ordenado. Ahora, cuando recuerdo el tiempo breve que pasé en el hospital, al tratar de hacer un relato de lo que no posee una narrativa propia, viene a mi cabeza aquella canción terrible de Johnny Cash, *The beast in me*. La bestia que hay en mí está encerrada en una jaula frágil. A veces me engaña y me convence de que ha desaparecido en el aire. La han visto caminando por la calle con mi ropa, sin saber si está en Nueva York o en Año Nuevo. Que las estrellas de la noche ayuden a la bestia que hay en mí.

La primera noche después del alta médica fumo en la terraza de la casa de un amigo. Me siento cansada y noto un hormigueo constante sobre mi piel, como si estuviera siendo devorada por una manada de polillas interiores. Me veo a mí misma desde lejos, de nuevo con una sensación de irrealidad semejante a la que había experimentado por primera vez, casi diez años atrás, en el balcón de aquel apartahotel de Faro, con Natalia a mi lado. Mi cuerpo atravesado por la medicación, mi útero arrasado, proyectan una imagen deformante de aquel otro cuerpo que, algunas semanas antes, esperaba un hijo. Fumo para hacerme daño y noto cómo me

voy sumergiendo poco a poco en una especie de suciedad nocturna. Todas las cosas que suceden por la noche son más proclives a lo extraordinario.

También es por la noche cuando sé, súbitamente, que Natalia está enferma. Aunque sucede unos pocos meses más tarde que mi ingreso, para mí todo forma parte de un mismo plano secuencia, como en una sucesión de fichas de dominó que caen empujadas unas por las otras antes de que tengas tiempo a mirar bien el dibujo que formaban cuando estaban erguidas. Nevaba cuando me lo dijo. Eso es extraño aquí. Debí entenderlo a modo de advertencia, a modo de señal. La nieve no avisa: cae, como la desolación. Ni siquiera recuerdo el nombre del tipo de tumor que crece en su cabeza. Recuerdo que deciden operarla poco antes de Navidad. Recuerdo que había salido todo bien. Estoy en el último piso del aparcamiento subterráneo de un centro comercial, en una ciudad que no es la mía, y alguien me acaba de contar con entusiasmo que le ha gustado mi última novela. Natalia me envía fotografías de las cicatrices de su cabeza. Va a sobrevivir solo tres días más. Es una de esas veces en la que las cosas que pueden complicarse se complican absurdamente y, sin ningún ruido, se llevan por delante la vida que soñamos.


OCHO

La compañía aérea permite transportar las cenizas de alguien como equipaje de mano. Exige el uso de una urna funeraria reglamentaria, un empaquetado antirrotura, la cumplimentación de dos certificados y un aviso al consulado. Reclama también un envoltorio, bolsa o maleta que oculte, disimule o aleje los restos de quien querías del resto de la gente.

La muerte inevitablemente traza una línea divisoria, no solo entre los que se quedan y los que se van, sino entre los que se quedan mutilados de las personas que se han ido y los que permanecen aún completos. La muerte primero agita, revuelve el cuerpo contra los muros de la casa. Después anestesia, va avasallando las capas de resistencia con las que, a lo mejor, contabas, hasta que de ti, que estás aquí y estás viva, tampoco quedan más que restos. Restos de lo que eras antes, las primeras veces que la pérdida golpea. Restos de lo que querías ser, de lo que soñabas ser, las siguientes. La muerte no solo se lleva por delante el resplandor centelleante de los recuerdos felices, sino que arrasa también el futuro en el que confiabas.

Estoy sentada en un banco de plástico del aeropuerto. Los aeropuertos son lugares donde convivo con la espera y con los muertos que me circundan. El día que murió la abuela Úrsula esperé sentada aquí a mi prima, que llegaba al velatorio en avión. Una semana después de la muerte de Natalia, espero a Estrela, su madre, que regresa de Brasil para traerla de vuelta a casa. No me interesan mucho los ritos funerarios ni me importa el destino de los cuerpos de las personas que he amado, pero deseo confortar a Estrela y que ella me conforte a mí.

La madre de Natalia se sentará hoy en un avión con las cenizas de su hija en el regazo. Las cenizas, como los bebés, hay que llevarlos con una en los aviones. Cruzará un hemisferio y un océano hasta llegar a casa pero nunca será capaz de superar la diferencia horaria, prendida para siempre entre dos mundos: el mundo con y

el mundo sin. Imagino otra madre que preparase ayer las maletas para emprender el mismo viaje largo con su hija pequeña. Acariciará la cabeza de la niña, estará atenta la cada una de sus demandas. La madre de Natalia hará lo mismo con una caja. Tendrá que custodiarla muchas horas sobre sí. Cuidar de ella.

Pienso en la última vez que nos vio felices, felices de verdad, a las dos juntas con ella. Hubo un día de verano, como este de hoy, en la piscina de la casa familiar, antes de que la madre de Natalia se marchase a vivir a Lisboa. Queda lejos y la distancia lo ha vuelto borroso. Ella nos trajo dos vasos de zumo de naranja recién exprimido y nos apresuró a que los tomáramos enseguida. Si te demoras en beberlo se escapan las vitaminas. Esas cosas. Bromeó con nosotras: «Si no bebéis el zumo, no vais a crecer». Ocho años más tarde, solo yo sigo aquí. Y he crecido.

Pasan meses desde la muerte de Natalia en los que continúo con la vida con menos tropiezos de los que había imaginado. Recuerdo el inicio soberbio de aquel cuento de Borges, cuando el protagonista, la misma mañana de la muerte de Beatriz Viterbo, de quien aún no sabemos nada, percibe que en la cartelería de la calle ha cambiado un anuncio de cigarrillos rubios. Comprende que el universo ya ha comenzado a alejarse de ella y que aquel es el primer cambio de una serie infinita. Así es cada cambio. Me recupero del ingreso y de la crisis como mejor sé y vuelvo a conseguir una especie de estabilidad frágil en la que me instalo como un diente de león que estuviera guardado dentro de un frasco para que el viento no lo deshaga.

Soy estricta con la pauta de la medicación. Comienzo a escribir este libro en trozos de papel, sin saber muy bien para qué o para quién los escribo, y ni siquiera que esas notas serán, algún día, un libro. Pienso que intento conservarme como soy a través de la palabra escrita, preservar lo que tengo de lucidez para entregárselo a algo o a alguien en el futuro. No estoy tan enferma como antes, pero sigo estando enferma. A veces imagino que soy una escritora que no escribe y una madre que no tiene hijos. Deseo ambas cosas como si me faltaran, aunque con certeza no son caminos que me correspondan, sino caminos que he escogido. Busco ambos con la misma urgencia, pero las palabras se alejan de mí como fragmentos de un imán enfrentados por lados del mismo signo y el hijo llega

antes que la literatura.

Al final del verano, decido ir a visitar a la madre de Natalia a Lisboa. Viajo sola. Sigue gustándome conducir y cruzar el eje vertical que me lleva desde mi casa en Compostela a la otra ciudad. Estoy embarazada de muy pocas semanas y esta vez llevo en el vientre un niño que sí va a nacer. Durante los meses que vendrán, repito muchas veces en las consultas médicas, cada vez que me preguntan, que es mi segundo embarazo. Mi vientre se parte en dos mitades simétricas, la invisible y la presente. Mi vientre es la sombra del hijo que pudo ser y la luz del hijo que será, como si los dos estuvieran conectados por una misma expectativa.

Cuando Estrela me abre la puerta de su apartamento en Alcántara, no es la misma que conocí hace años. Ni siquiera es la misma de meses atrás, la última vez que la vi, a los pocos días de morir Natalia. Nos sentamos en una sala de estar en la que parece que no ha vivido nadie durante mucho tiempo, y se queda mirando un rato largo la figura de una oveja y una pastora de porcelana que está colocada sobre el televisor. En la contemplación impasible de todos los objetos que nos rodean, la estancia comienza a moverse sobre sí misma como si fuera una turbina, una rueda que gira con violencia para regresar siempre al mismo lugar. Paso apenas tres días con ella, envueltas las dos en un silencio que pesa sobre los objetos y sobre nosotras. La mayor parte del tiempo ella se ocupa solamente en dejar pasar las horas.

De madrugada, Estrela sale de la casa y pasea a una perra a la que llama Pizca. El primer día la acompaño, después me doy cuenta de que quiere caminar sola. Viste una falda de *tweed* y una camisa azul y se echa por encima de los hombros la chaqueta de lana que compró años atrás en una caja de saldos de unos grandes almacenes. No se mira en ninguno de los cristales de los escaparates. La ciudad me parece durante esos días una copia exacta de Estrela, una mujer a punto de cambiar de rumbo, que camina para llegar a tiempo a algún sitio al que nunca va a llegar, y que está a punto de perder el equilibrio, a punto de desaparecer sin rastro.

Pero, si Estrela sobrevive a una catástrofe, si la dejadez cae sobre su cuerpo como la lluvia en las piedras, ella no se reconstruye. Se hace a la medida del tiempo. Continúa a pesar de

todo. Respira. Una tarde me cuenta su parto. Lo hace como si yo fuera su hija y me muestra la cicatriz de la cesárea. Por primera vez sonríe. Busca en un armario unas fotografías viejas de ella misma embarazada mucho tiempo atrás y la reconozco por fin en esas imágenes. Ahí está la mujer que conocí una vez. Poco antes de marcharme, mientras bebemos café, me mira como nunca y dice: solo el treinta por ciento de los suicidas dejan carta.

La madre de Natalia lleva dos cicatrices en su cuerpo. Una es invisible, es la carencia. Otra es la línea plana en su abdomen que explica el nacimiento de su hija. Mientras mi barriga crece observo obsesivamente mi ombligo protruido, y pienso que él es al mismo tiempo la marca de ser hija y la marca de ser madre. Mi barriga es redondez, manzana de piel tensa, tambor de tiempo. Los días giran alrededor de esa redondez como caballitos de feria. Imagino al hijo que está por llegar como parte de ese carrusel que gira alrededor del pasado escrito y del futuro por escribir. Subidos en él están los locos que me acompañan. Siento el balanceo y la música. Algunas veces escucho a Billie Holiday cantar *Blue moon* en el vaivén.

Los hijos son pequeñas cicatrices que se mueven fuera de nosotros. Las cicatrices son marcas de vida, como los libros que escribo. Mi abuelo Gonzalo, el padre de papá, tiene muchas marcas de vida en su cuerpo. Una la lleva en el pecho y tiene forma de relámpago. Otra está en sus manos. Le falta la última falange del dedo índice de la izquierda. Él es orfebre. Me contó muchas veces aquella historia. Trabajaba puliendo una bandeja de plata. Las revoluciones de la pulidora, girando constantemente, no entienden de plata ni de piel, y el abuelo perdió el dedo contra la rueda. Le gustaba demorarse en el relato de cómo apoyó la bandeja en una banqueta, hizo un torniquete en la herida con las mangas del jersey y llamó a los hombres que trabajaban en el otro cuarto. Después, se tumbó en el suelo para no dañarse en la caída en caso de desmayarse.

Apenas dos semanas más tarde del accidente, estaba ya de vuelta en el taller. Lo fuimos a ver muchas tardes, mi padre y yo. Caminábamos juntos por las calles estrechas de la ciudad hasta el sótano donde el abuelo dibujaba diseños llenos de entresijos para grabar en todos los metales posibles. Si llovía, papá me cogía entre los brazos y avanzábamos a paso rápido, perdiéndonos por los

soportales, en un viaje en el que las casas y la gente pasaban alrededor de nosotros como en una película. Mi padre me aprieta fuerte contra su pecho y salimos a caminar bajo la lluvia. Los dos juntos formamos una amalgama. Era el año ochenta y nueve.

Fue una de esas tardes cuando el abuelo me presentó el mercurio. No creo que lo olvidé nunca, pero tampoco he compartido el recuerdo con nadie. Yo solía sentarme en un sillón giratorio, delante de la mesa de dibujo, sin parar de moverme. Mi padre y el abuelo hablaban de los números, de las humedades del apartamento, del hastío. Entonces el abuelo se dio cuenta de mi mirada fija en la botella de mercurio, pequeñita e inofensiva. La cogió de una estantería metálica colgada en la pared y me la mostró como quien entrega un secreto altísimo. La giró de parte a parte y vi el fluido gris y brillante resbalar por los bordes del cristal.

Luego el abuelo me hizo extender la mano y vertió un poco del contenido sobre la palma. Estaba frío. Al contacto con la piel, aquel líquido extraño se fragmentó en una docena de gotas esféricas, perfectas. Las toqué con el dedo. «Una sola de estas es capaz de matar a un hombre», dijo el abuelo.

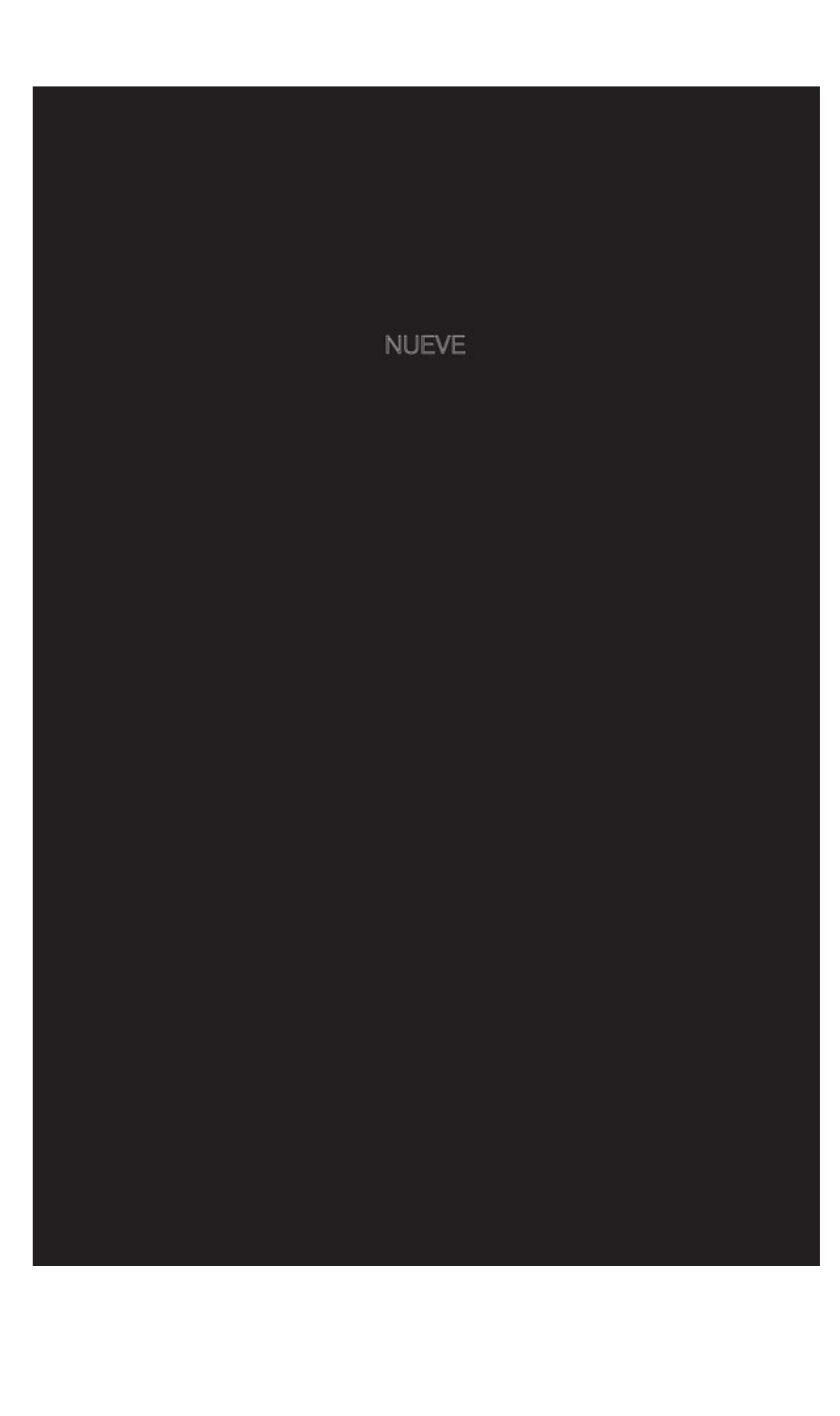
El mercurio no es tan venenoso, pero siempre he pensado que aquella era una mentira de amor y protección y he querido creer. Luego papá me hizo meter las dos manos debajo del agua congelada del grifo y me las lavó con bicarbonato. Las frotó bien. Yo, en silencio, no pregunté nada. Todo lo que mata es hermoso, pensé. Estuve convencida de que aquello era un secreto que debía guardar para siempre jamás y nunca encontré a nadie digno de revelárselo. Hasta que mi hijo llegó a mí.

Y así fue como aprendí todo lo que debía saber sobre el mercurio.

La primera cicatriz de mi cuerpo es una pequeña marca en la parte derecha de mi frente. Me la hice a los dos años. Mamá me sostenía en brazos y me dejó caer por accidente asustada con una avispa. Es, para mí, el signo del desamparo y del abandono. Mi abuelo Gonzalo solía tocarla con sus dedos llenos de ceniza y me dejaba siempre un rastro de ceniza en la cara que, esta vez sí, es el signo del amor.

En una ocasión, poco antes de nacer mi hijo, me reúno como parte del jurado de un premio de poesía con algunos otros escritores

y críticos literarios. La reunión se convierte en un almuerzo agradable alrededor de una mesa redonda y uno de ellos comenta que mis libros tienen poco léxico relativo a los metales, a las gemas y a las piedras preciosas, que se suponen monedas de cambio común para la nieta de un orfebre. Después de aquello pienso que es la ceniza la que me ha dejado marcada. Mis libros están tan cubiertos de ceniza que uno no debería ser capaz de soplar sobre ellos sin tener que toser inmediatamente después.


NUEVE

El sábado anterior a la muerte de tío Carlos, fui a escuchar el Réquiem de Mozart a la iglesia de San Martiño. Tenía una invitación que no quise perder. El Réquiem me fascina y la acústica allí es maravillosa. Creo que el Réquiem está escrito para ser escuchado en un lugar así, igual que hay otras músicas que deben ser escuchadas en un coche, músicas que necesitan la discreción de los auriculares, y canciones que merecen ser recordadas en silencio.

Solo al llegar a la iglesia me doy cuenta de que la invitación es doble, así que me adjudican dos sillas laterales, una para mí y otra vacía. Al inicio pongo el bolso y el abrigo sobre la silla vacía, supongo que porque la evidencia física del hueco hace que me sienta incómoda, pero después los quito y me dejo acompañar, una por una, de todas las ausencias que quieren venir a sentarse a mi lado. Descubro tantos tipos de ausencias como de ausentes: personas que ya no están físicamente en el mundo, y que me hacen feliz por lo que significaron cuando estaban; personas que ya no están conmigo por otras muchas razones, el efecto dilapidador de crecer a destiempo, las cenizas del desamor, el miedo.

La silla vacía tiene vocación de hueco, y me siento agradecida por el espacio que le concede a mis silencios. Al fin y al cabo, la soledad no me incomoda tanto como la imposición de las conversaciones de rutina. Necesito alejarme también de todas las palabras inútiles, como si tuviera una vida de palabras contadas y fuera necesario salvaguardar el lugar de las importantes deshaciéndome de las inservibles. Cuando intercambio saludos en la calle me llevo la mano simultáneamente a las cicatrices de mi cuerpo y las acaricio como si tuviera que compensarlas por cada frase que pronuncio. Las cicatrices, como todas las heridas, son un consuelo para quien las lleva sobre la piel. Las cicatrices me otorgan el derecho a ser otra distinta a la que era antes de poseerlas. A lo mejor es así como huyo de mi cuerpo anterior, a fuerza de recordar que ya no existe.

La escritura es una cicatriz, un elefante blanco que insisto en conservar a pesar de todo lo que me arrebata, igual que el muñeco de trapo que tío Carlos compró para mí y que permanece a mi lado todos estos días, mientras termino este libro. Con frecuencia me pregunto a qué he renunciado yo a cambio de las noches y de las palabras, de las intuiciones y de las matemáticas. La literatura ha estropeado mis mejores horas de amor, pero es mi disfraz, la necesito para cosechar certezas con las que vestirme para estar en el mundo, para ordenar lo que me falta y lo que me sobra. Antes pensaba que el oficio de la escritora era sembrar, ahora comprendo que es la siega.

También las calles de mi ciudad son cicatrices sobre los espacios de la memoria. Las ciudades de interior son hermosas en el tiempo de cambio. La mía lo es especialmente en los primeros días de otoño y aprendo a caminarla de nuevo como una aventura iniciática. Sería injusto decir que camino sin rumbo porque siempre que camino sin rumbo es porque estoy huyendo de algún lugar. Mi casa es ese lugar, en ella la soledad se queda pegada en las habitaciones como esa película asquerosa que forma el humo del tabaco en las paredes y en los techos. Si pudiera huir también de mi cuerpo, lo haría cada tarde.

Mi tío Carlos murió solo, una mañana de sol, en el apartamento en el que pasó los últimos años después de la muerte de la abuela Úrsula. Junto a la ventana de la cocina se quedó una gata tricolor ahora sin dueño que buscó, como yo, sus sombras durante mucho tiempo, y los restos de su existencia última, desparramados por las habitaciones, como los posos del café de la tarde en el fondo blanco de la taza. Imagino así sus objetos, como los posos, porque son algo propio e íntimo y, a la vez, son algo de lo que una quiere, sin duda, desprenderse. Mi tío Carlos decía que envejecer es aprender a despedirse. Él se despidió de muchas cosas, pero nunca llegó a envejecer. Estar loco es, de alguna manera, no envejecer nunca como se espera de uno, buscar el abrazo y defenderse de él, igual que hace el pez globo cuando algo se aproxima y se hincha como un balón de playa y vierte veneno por la piel. Tiene miedo de que lo quieran. Es difícil hallar la belleza del pez globo, aprender a amar lo que nos duele más.

Es difícil aprender a amar, pero ahora sé que la única razón para

comenzar una novela es por amor. La única razón para hacer cualquier cosa es siempre el amor, aunque no es así como yo pensaba escribir este libro. Cuando mi tío Carlos leyó mi primera novela me dijo que solo se deben escribir los libros que no podemos evitar escribir. Y después de eso dejó el libro sobre la mesa de la sala de estar y allí se quedó días, a lo mejor meses. Entonces no lo entendí bien del todo. Ahora creo que sé lo que quería decir. Por lo general, suelo comprender a las personas después de que están muertas, igual que se comprende una novela después de terminar de leerla, igual que se comprenden las cosas estúpidas que uno hace a lo largo de una vida, por amor, solo por amor. Esa, y no otra, es la única lógica de las cosas hermosas. Incluso de las que parecen mecánicas.

Así son también las cajas de música que me obsesionan desde que era una niña. La lógica del mecanismo de una caja de música son los obstáculos. La rueda no se detiene, el sonido aparece cada vez que ella tropieza. Si no hubiera obstáculos, no habría música tampoco. No sé en qué momento tomé conciencia de vivir dentro de una caja de música, tropezándome. Tal vez ese y no otro es mi hogar y el lugar que siempre estoy buscando, ese sitio al que siempre quiero volver y del que nunca quiero marcharme. O a lo mejor es así como vivimos todos.

Si es así, celebrémoslo.

Espero a que llegue la vida que crece dentro de mi cuerpo. Mi ginecóloga dice que la fecha probable de parto coincide con el nacimiento de Alice Liddell, la niña que inspiró la Alicia de Carroll. Para una devota de Carroll, que a su vez es neurótica, parece una coincidencia importante, aunque mi hijo decide llegar antes de tiempo, mostrando que no voy a ser yo quien escoja su destino, ni mucho menos la literatura, y que la literatura no quiere ser para nosotros dos un destino, sino una elección, un camino para perseguir la luz y la respiración, una búsqueda.

Mi tío Carlos me dijo una vez que mis libros eran una búsqueda desesperada de amor. Yo no creo que mis libros sean una búsqueda desesperada de amor, pero sí creo que mis libros son siempre una búsqueda desesperada. Escribo ahora porque estoy perdida, y lo que busco es un cabo de cordel que me permita atarme con el curso normal de las estaciones y los quehaceres cotidianos, mi lugar en el

carrusel. Escribo para buscar la lógica del engranaje y sus obstáculos, y para que la música no deje de sonar y los caballitos suban y bajen acompasados sobre ese automatismo que nos permite seguir con vida contra todo, formar parte de algo que prosigue a pesar de nosotros preso de la inercia, como hace un tren que no supimos dejar marchar.

Aunque no hay que hacer nada más que quedarse quieto para dejar pasar un tren. Se puede mirar cómo pasa de pie o sentado, decirle adiós con la mano o darse la vuelta mientras se pone en marcha. También es posible observar el tren que pasa desde la ventana de otro tren, en otra vía, esperando partir a otro lugar. Cuando esto sucede, y el primer tren inicia la marcha, el observante dentro del segundo tren, aún quieto, experimenta una ilusión de movimiento en sentido opuesto, y una fantasía de contradicción. De alguna manera el observante siente que forma parte de un antagonismo, que no solo se está dirigiendo a otro lugar, sino que se encamina cara un destino contrapuesto al del primer tren e incompatible con él en todo. Olvida así que el número de estaciones es limitado y que la red ferroviaria es un itinerario de destinos marcados que se parecen entre ellos casi tanto como las familias felices.

Con todo, la más frustrante de las formas de dejar pasar un tren es estar dentro de otro tren detenido, otro tren que ha llegado a destino, que no va a ir a ninguna parte aunque continúe poseyendo el poder que le otorgamos: atraparnos en su interior. Es quedarse ahí sentado, atendiendo al movimiento de la estación, a los pasajeros que ya han bajado, a los anuncios de la megafonía. Es, en definitiva, esperar a que llegue un revisor a echarte a patadas, tal y como nos echa la vida de los lugares queridos. Mientras, los otros trenes que observamos cierran las puertas y aceleran, de camino a paisajes en los que nunca vas a estar. Los otros trenes simplemente pasan. Pensé que necesitaba escribir una novela sobre los que se fueron.

Mi tío Carlos me dijo una vez que debía escribir una novela sobre los muertos. Aquí está.



Berta Dávila es una de las autoras gallegas más reconocidas y aclamadas en los últimos años por público y crítica. Nacida en Santiago de Compostela en 1987, ha desarrollado su talento tanto en poesía como en narrativa, ganando multitud de premios que no sabemos si nos van a caber aquí, pero vamos a probar…

En poesía ha publicado *Corpo Baleiro* (2007), *Dentro* (2008) y *Raíz de Fenda* (2013) con el que obtuvo el Premio de Poesía Johán Carballeira do Concello de Bueu, el Premio de la AELG al mejor libro de poemas y el Premio de la Crítica española en lengua gallega.

En narrativa no se queda atrás: *Bailarei sobre a túa tumba* (2008) ganó el Premio Biblos de novela para menores de 25 años; *A arte do fracaso* (2010) no ganó ningún premio, pero fue traducido al japonés que es más difícil todavía; con *O derradeiro libro de Emma Olsen* (2013) obtuvo el Premio de la Asociación Gallega de Editores al mejor libro de ficción, el Premio de Narrativa Breve Repsol y el Premio Guillermo de Baskerville al mejor libro independiente del año; *Carrusel* (el libro que tienes entre tus manos), publicado originalmente en 2019 en gallego, obtuvo el Premio de Novela Manuel García Barros y de nuevo el Premio de la Crítica española

en lengua gallega. Por último, en
2020 ha
vuelto a ganar el Premio de Narrativa Breve Repsol con *Illa Decepción* (2020).

Marina Fernández es licenciada en Bellas Artes en la especialidad de grabado y trabaja como ilustradora en Sevilla. Ha colaborado con medios como *Kiblind Magazine, El Salto diario, Inland Campoadentro* o *El Topo*.